



EL
ARGENTINO

TEXTO DE LECTURA

POR

MARIANO A. PELLIZA

Autor de varias obras históricas

APROBADO

POR EL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN
Y POR

EL CONSEJO DE EDUCACIÓN
DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

ALUMENADO E ILUSTRADO

Con paisajes, vistas, batallas
y retratos
de hombres distinguidos.

BUENOS AIRES

PEDRO IGÓN Y C^o, EDITORES

LIBERTAD DEL COLEGIO

Calle Alsina, n^o 500, esquina Bolívar

1896



SA
2411



00072930

64

5918

EL ARGENTINO

TEXTO DE LECTURA

Esta obra es propiedad de sus Editores, quienes la ponen
bajo el amparo de la ley.

BIBLIOTECA ELEMENTAL
Colección de textos arreglados para las Escuelas y Colegios.

EL

999

ARGENTINO

TEXTO DE LECTURA

*Duplicado de
N.º 6520*

POR

MARIANO A. PELLIZA

Autor de varias obras históricas

APROBADO

POR EL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN Y POR EL CONSEJO
DE EDUCACIÓN DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

CONTIENE :

Los Acontecimientos notables de la **H**istoria argentina
hasta nuestros días.

AUMENTADO É ILUSTRADO CON PAISAJES, VISTAS, BATALLAS
Y RETRATOS DE HOMBRES DISTINGUIDOS



LIBRERÍA NACIONAL
DE MAESTROS

BUENOS AIRES

PEDRO IGON Y Cia, EDITORES

LIBRERÍA DEL COLEGIO

Calle Alsina, n.º 500, esquina Bolívar.

1896

110 x 170

Biblioteca Nacional de Maestros

CARTA DEL AUTOR

SEÑORES P. IGON Y C^{ia}.

Devuelvo á Vds. el ejemplar de El Argentino que se sirvieron remitirme, depurado de los errores de caja que contiene la 3^a edición y suprimidos dos ó tres párrafos de escasa importancia y no necesarios en un texto de lectura para niños.

Creo que cuando un libro como El Argentino merece la aceptación del público no se aventaja nada con agregarle algunas páginas en cada nueva edición; pero en cambio es utilísimo y contribuye eficazmente á mantener su crédito el esmero en la corrección y la nitidez en la impresión. No obstante, en la parte ilustrada del libro, sería bien agregar, en la página 134. el retrato del general D. Bartolomé Mitre, donde figura el Salmo de la Vida, de Longfellow, y cuya traducción se debe á nuestro eximio historiador.

Dejando cumplidas las órdenes de Vds. me repito su atento.

S. S.

M. A. PELLIZA.

Febrero 1891.

PROEMIO

DE LA PRIMERA EDICIÓN.

En las escuelas de la República no hay adoptado ningún libro que, sirviendo de texto de lectura, describa los hechos del pasado unidos al espectáculo del presente, á fin de que se grave en la memoria de los niños el recuerdo de la época en que se forman.

Con el propósito de llenar este vacío, he preparado el *texto* que sigue, reseñando brevemente los acontecimientos más notables de la historia patria, junto con los progresos y conquistas últimamente realizados, como el medio más eficaz de iniciar á los jóvenes en el estudio y observación de su propio país.

Teniendo en cuenta la conveniencia de los mismos educandos, he incluido algunas composiciones poéticas á fin de ejercitarles en la lectura del verso, generalmente muy descuidada en los establecimientos de educación, no obstante su reconocida importancia para formar el gusto literario indispensable en una sociedad tan ilustrada como la argentina.

Las deficiencias que pudieran notarse en esta primera edición serán oportunamente salvadas, siguiendo los consejos de la buena crítica.

M. A. P

Buenos Aires.

EL ARGENTINO

Descubrimiento del Río de la Plata.

El piloto mayor del rey de España, Juan Díaz de Solís, fué enviado el año 1515 á buscar un paso que comunicase con el mar Pacífico, descubierto en 1513 por Vasco Núñez de Balboa.

El 8 de octubre de aquel año salió del puerto de Lepe, en Andalucía, con tres embarcaciones, y arribó á la costa del Brasil el 1º de enero de 1516. Reconoció la bahía de Río Janeiro y desde allí continuó visitando la costa hasta encontrar el Río de la Plata.

Interesado en remontar esta hermosa corriente de agua dulce, se desvió de la ruta ordenada á sus naves por el monarca, y habiendo bajado á tierra, pereció lastimosamente en un encuentro con los Indios Charrúas, que habitaban la banda oriental de este gran río.

Vueltas á España las dos carabelas que salvaron de la expedición, sus tripulantes comunicaron á la Corte el triste fin del piloto mayor Juan Díaz de

Solís, y también el importante descubrimiento que había realizado aquel insigne navegante.

Hernando de Magallanes.

El estrecho de Magallanes fué descubierto el 21 de octubre de 1520 por el navegante portugués Hernando de Magallanes, que estaba al servicio de la corona de Castilla.

Pocas empresas más dramáticas que la de aquel intrépido marino, cuenta la historia de los descubrimientos. Baste decir que el ilustre piloto partió de San Lúcar de Barrameda con cinco naves perfectamente tripuladas, de las cuales sólo la *Victoria* regresó á España después de dar la vuelta al globo, mandada por Sebastián Elcano.

Una serie de naufragios, motines, sublevaciones y combates con los naturales de varias islas del Pacífico, fueron poco á poco destruyendo los elementos de la expedición, hasta que el mismo Magallanes perdió la vida en una escaramuza contra aquellos indígenas.

En ese viaje Magallanes desembarcó en las costas del sur de la América Meridional, y conoció los Indios de esa región, cuya elevada estatura, grandes manos y abultados pies, llamaron tanto su atención que los denominó *Patagones* y á su país *Patagonia*.

Sebastián Gaboto.

A la noticia del descubrimiento de un pasaje libre entre los dos mares Atlántico y Pacífico, llevada á España por el capitán de la carabela *Victoria*, Sebastián Elcano, mandó el Rey que su piloto mayor, que lo era Sebastián Gaboto, partiese con nueva expedición, á fin de adelantar los estudios y reconocimiento de aquel estrecho, destinado á facilitar el tráfico á las islas Molucas, ó de la Especería, como se las llamaba.

Sebastián Gaboto emprendió su viaje en 1526; pero deteniéndose en el Río de la Plata y en el Paraná y Paraguay, que roconoció hasta la embocadura del Bermejo, desatendió lo principal de su mandato. Entrando en rivalidades con el capitán Diego García, que mandaba otra expedición costeada por armadores particulares, concluyeron ambos por regresar á España, sin haber alcanzado á tocar en el estrecho de Magallanes, que era el punto determinado por el Rey á Sebastián Gaboto, y por sus armadores á Diego García.

Don Pedro de Mendoza.

En 1534 se preparó en España una expedición formal de colonización, destinada á poblar las ribe-

ras del río descubierto por Solís, siguiendo la conquista iniciada en 1526 sin elementos bastantes, y sin orden del Rey, por el piloto mayor Sebastián Gaboto.

Obtuvo el título de Adelantado para la conquista y gobierno de estas regiones el general don Pedro de Mendoza, que partió de España con una grande expedición de catorce bajeles el 1º de setiembre de 1534, entrando á principios del año siguiente en el Río de la Plata, sobre cuya márgen derecha fundó la ciudad de Buenos Aires.

Después del descubrimiento del Río de la Plata, era la primera vez que el monarca nombraba Adelantado para la conquista y sujeción de los territorios comprendidos entre el cabo de Hornos, el Brasil, la cordillera de los Andes y el Océano Atlántico.

La empresa colonizadora de Mendoza no tuvo buen suceso, y ya por el mal éxito en la fundación de Buenos Aires, ya por el quebrantamiento de su salud, el general resolvió retirarse á su patria, dejando por sucesor al capitán Juan de Ayolas, con las mismas facultades que obtuviera del Rey.

Muerto Mendoza en la travesía y arrojado el cadáver al mar, sólo llegaron á España sus papeles y por ellos el Consejo de Indias y también el Soberano supieron lo que había pasado en el Río de la Plata, y el nombramiento del capitán Ayolas para continuar en el mando de la colonia.

El virreinato de Buenos Aires.

La creación del virreinato de Buenos Aires, por real cédula de 8 de agosto de 1776, trajo una reforma importante en la geografía política de las colonias del Río de la Plata.

La provincia de Cuyo con sus límites hasta el estrecho de Magallanes, que formaba parte de la capitania general de Chile, fué separada de ésta para agregarse á la nueva demarcación.

La gobernación del Paraguay se unió también al virreinato de Buenos Aires, constituyéndose en provincia.

Por la real ordenanza de Intendentes, que era la constitución administrativa del virreinato de Buenos Aires, así como por diversas reales cédulas expedidas por los monarcas españoles, esta dilatadísima colonia que comprendía los países situados entre el Brasil, el virreinato del Perú y la cordillera de los Andes hasta el cabo de Hornos, se hallaba dividida en ocho gobiernos ó intendencias, á cargo de otros tantos gobernadores nombrados directamente por el Rey.

Estas intendencias eran : la de Buenos Aires, que comprendía la capital y territorio de la provincia hasta el estrecho de Magallanes, Santa-Fe, Entre-Ríos, Corrientes, Montevideo y toda su campaña hasta el mar, y los treinta pueblos de Misiones sobre el Uruguay.

Montevideo y las Misiones tenían gobernadores militares, que se hallaban subordinados á la autoridad de Buenos Aires.

La intendencia de Córdoba comprendía la provincia de su nombre y las de San Juan del Pico, San Luis de Loyola y Rioja. La de Salta, su provincia y las de San Miguel del Tucumán, Santiago del Estero, Jujuy, Catamarca y Tarija. La del Paraguay, los límites de la antigua gobernación de la Guaira. La de Cochabamba, esta ciudad y toda la provincia de Santa Cruz de la Sierra.

La de la Paz se extendía á las provincias de Lampa, Carabaya y Azangaro. La de la Plata era toda la provincia de Charcas, y finalmente la de Potosí comprendía las provincias de Porco, Chayanta, Atacama, Lipes y Chichas; habiendo sido separada Tarija de esta intendencia en 1807, para agregarla á la de Salta.

Existían además, en esta región, sobre el Chaco, los gobiernos militares de Moxos y Chiquitos, que estaban como los de Montevideo y Misiones, subordinados al virrey.

En este magistrado se concentraban la superior autoridad y omnimodas facultades concedidas por su título, las leyes y ordenanzas dictadas por la corona. Ejercía todas las funciones anexas á los capitanes generales y presidía la Audiencia de Buenos Aires.

Ulderico Schmidel, primer historiador del Río de la Plata.

En la grande expedición de don Pedro de Mendoza, que constaba de dos mil quinientas personas entre empleados y tropa, venía en clase de soldado el alemán Ulderico Schmidel, hombre de admirable fortaleza de ánimo y de no vulgar inteligencia.

Muchos caballeros de más apariencia y lustre que nuestro historiador rodeaban al Adelantado; pero á él le cupo la gloria de describir, antes que otro alguno, las peripecias y contrastes de aquella grande empresa, cuna y origen de la familia argentina. Hizolo con pluma sobria, razón clara y el más exacto colorido en su obra titulada *Viaje al Río de la Plata*.

Sirven de tema á su historia, con el viaje de Mendoza, la fundación de Buenos Aires, los combates sangrientos con los Indios Querandíes, el hambre que soportaron los colonos, todas las calamidades por fin que los asediaron desde su arribo hasta que, habiéndose dirigido á España el Adelantado, emprendió el capitán Juan de Ayolas, su reemplazante, la conquista del Paraguay.

Allí no es menos formidable la lucha que emprenden los conquistadores.

Es un rudo batallar de quince años, en que la guerra civil entre los colonos, las expediciones buscando el *pais del oro* por medio de bosques secu-

lares y numerosas tribus que se oponían á su marcha, no son los mayores peligros que su valor y constancia tienen que vencer.

Todo lo probaron aquellos intrépidos aventureros de increíble energía, y Schmidel, entre todos, se acreditó de prudente y valeroso en la serie de campañas que le tocó realizar siguiendo el estandarte español.

Desgraciadamente la posición subalterna de un sujeto de tan altas condiciones, no le permitía conocer todos los secretos de los que dirigían el gobierno de la Colonia, ó comandaban las expediciones en que sólo figuraba como simple soldado.

No obstante ésto, su libro contiene las primeras y más exactas noticias sobre la conquista y población de esta parte de América, y su nombre merece ser conocido y recordado con estimación por los Argentinos.

La guerra guaraníca.

El tratado de límites, celebrado en 1750 por los soberanos de España y Portugal para dividir sus dominios en América, fué el origen de una guerra sangrienta entre las tropas de los dos monarcas por una parte, y los Indios de las Misiones jesuíticas del Alto Uruguay por otra.

Apenas se tuvo noticia en ellas de las cláusulas convenidas, por las cuales debían pasar al dominio

de Portugal los siete pueblos situados en la banda oriental de dicho río, sus directores empezaron á intrigar por medio de sus agentes en Europa, á fin de poner dificultades y estorbos á la entrega pactada.

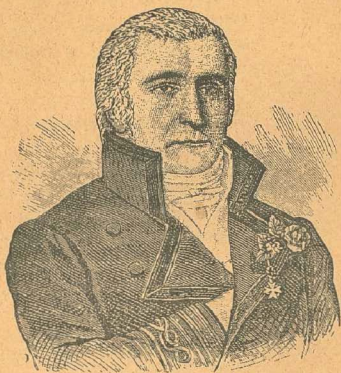
Grande fué la sorpresa de los comisarios reales, Gómez Freyre y Valdelirios, cuando vieron el grado de adelanto á que los padres de la Compañía de Jesús habían llevado aquellas colonias. Cerca de cien mil Indios se agruparon en las distintas villas, presentando el aspecto de una república sobria y floreciente.

El espíritu de rebelión se había difundido desde que se tuvo noticia del tratado. Cuando se hallaban las tropas de los dos monarcas en actitud de marchar para hacer las mútuas entregas de las Misiones de la banda oriental y de la colonia del Sacramento, los padres obtuvieron de las dos cortes la suspensión que era necesaria para que los Indios de sus pueblos recogiesen los frutos pendientes, á fin de poderse trasladar con más comodidad á otros lugares.

Vencido el plazo, se trató de llevar adelante la mencionada entrega; pero con gran sorpresa de los comisarios fueron recibidos en son de guerra por los Indios.

Reunidos aquéllos en Martín García, resolvieron marchar con dos ejércitos á desalojar á los Indios, y poner á los Portugueses en posesión de las Misiones orientales, según lo convenido.

Se encendió entonces una guerra sangrienta que duró tres años, consiguiendo recién en 1756, los ge-



VIRREY LINIERS.

nerales aliados, someter los siete pueblos al oriente. Los Indios habían dado varios combates y batallas, asaltado fortalezas y penetrado, con sus armas y cañones de madera, hasta la provincia de San Pablo.

Esta guerra fué causa de que se anulase el tratado de 1750, volviendo á quedar las Misiones orientales en poder de la corona de España.

Invasiones inglesas.

(1806-1807.)

Dos son las invasiones que á principios del siglo trajeron los Ingleses al Río de la Plata.

La primera expedición al mando del general Beresford, compuesta de mil seiscientos soldados, consiguió apoderarse de la capital del virreinato en junio de 1806.

El virrey Sobremonte, que gobernaba á la sazón esta colonia, se alejó sin combatir hasta la ciudad de Córdoba, en donde, por la circunstancia de haber sido gobernador intendente de la provincia, contaba con numerosas relaciones y mayores recursos para intentar un ataque á los conquistadores.

Los habitantes de Buenos Aires, juzgando cobardía la conducta del virrey no esperaron sus auxilios, y ayudados por el gobernador de la plaza de Montevideo, organizaron un plan de reconquista bajo la dirección del capitán de navío don Santiago

Liniers y el joven porteño don Juan Martín de Pueyrredón.

En los primeros días de agosto se emprendió la campaña contra los Ingleses. Resistieron éstos con denuedo el ataque vigoroso de Liniers y los suyos, pero la cooperación decidida del vecindario no les dejó otro recurso que rendirse á discreción, después de combatir bizarramente en las calles, en la Plaza principal y en el Fuerte donde, en el último trance, tuvieron que refugiarse para pedir capitulación.

Libertada la ciudad por aquel acto de valor, los Ingleses, que ya habían empezado á conocer las ventajas comerciales que ofrecían estos países, creyeron que con mayor número de tropas sería fácil recuperar su posesión, y á este efecto despacharon en 1807, desde Londres, al teniente general Whitelocke, para que con mejores elementos acometiera la empresa.

Llegó á estas aguas el jefe de la nueva expedición, que constaba de diez mil hombres, á fines de junio; y desembarcó sus tropas por la Ensenada, tomando, sin demora, el camino de la Capital con el ánimo de posesionarse de ella á viva fuerza. Mandaba el ejército de Buenos Aires el general Liniers, ascendido por su brillante comportación en la reconquista, compuesto de seis mil setecientos hombres, muchos de ellos reclutas pero que participaban del entusiasmo reinante en la población.

El 1º de julio se encontraron, frente á frente, los dos generales, á la altura de Miserere.

No obstante el buen espíritu del ejército de la defensa, los Ingleses consiguieron algunas ventajas en el encuentro que tuvo lugar en la tarde de ese día, y si proceden con mayor diligencia quizá se apoderan de la ciudad.

Habiendo demorado la embestida hasta el 5, dieron tiempo á la reacción, y por más que la iniciaron con vigor los jefes y soldados, extendidos por la línea, formada desde la Residencia hasta el Retiro, todo fué inútil.

La actividad desplegada por el alcalde de 1^{er} voto don Martín de Alzaga, y el ardor de que se sentían animados el pueblo y la tropa les hizo imposible su intento y tuvieron que rendirse, entregando sus armas y devolviendo, sin condiciones, la plaza de Montevideo que se hallaba en poder de los invasores desde el mes de febrero anterior, en que se apoderó de ella por asalto sir Samuel Auchmuty, jefe de la primera división naval despachada á las órdenes de Whitelocke.

El descalabro de esta segunda expedición acreditó una vez más el valor de los Argentinos, al mismo tiempo que fué funesto a las armas inglesas por las pérdidas sufridas y los trofeos de armas y banderas dejados en poder de los vencedores. El general Whitelocke, sometido á juicio en Inglaterra por su conducta en la desastrosa campaña al Río de la Plata, obtuvo un veredicto condenatorio que lo privó para siempre de servir en el ejército de su patria.

La Revolución.

Tanto los acontecimientos ocurridos en el Río de la Plata con motivo de las dos invasiones inglesas, como los sucesos que á principios de 1810 se desenvolvían en España, prepararon gradualmente la revolución de la independencia argentina.

Por los sucesos gloriosos de la reconquista y defensa de Buenos Aires se había afirmado la opinión de los hijos del país respecto á su poder, y por la prisión del rey Fernando VII y ocupación francesa de la península ibérica, los patriotas comprendieron había llegado la hora de emanciparse.

Empezaron los trabajos en Buenos Aires contra el virrey Cisneros, reuniéndose los ciudadanos principales en la casa-quinta de don Nicolás Rodríguez Peña, donde trataban con todo sigilo el pensamiento de la emancipación. Otras veces se proyectaban partidas de caza á fin de poder hablar libremente del plan que traían entre manos.

Poco á poco fué ensanchándose el círculo de los comprometidos, hasta que se llegó á contar con los jefes de la guarnición y los ciudadanos más influyentes en el pueblo.

El prestigio del virrey iba decayendo en presencia de los sucesos desgraciados que tenían lugar en Europa.

Cuando á mediados del mes de mayo se supo en Buenos Aires que todo el territorio español estaba

ocupado por el ejército de Napoleón, no tuvo ánimo para oponerse á las exigencias de los patriotas, y consintió en que se discutiera en Cabildo abierto la validez de su propia autoridad.

Fué desfavorable sin embargo el primer acto de aquel Cabildo, porque en la elección que se hizo para formar una Junta que subrogase al virrey, le acordaron á éste la presidencia.

Tal resultado contrarió los planes de los revolucionarios y resolvieron dejarlo sin efecto por medio de una intimación á Cisneros para que presentase su renuncia.

Amilanado ya por el aspecto que notaba en el pueblo, careciendo por otra parte del apoyo de las tropas de la guarnición, renunció la presidencia de la Junta, con lo que vino á quedar sin efecto todo lo acordado en la sesión capitular del día 24.

25 de mayo de 1810.

La renuncia del virrey Cisneros había dejado á los revolucionarios en entera libertad para consumir sus planes.

Los proyectos, empero, no iban ostensiblemente más allá que deponer el virrey, cuya autoridad no emanaba del Soberano, para sustituirlo por una Junta que gobernase la colonia en nombre del Rey cautivo.

En la mañana del 25 de mayo, refiere uno de los

actores, la campana del Cabildo llamaba al pueblo, y la Municipalidad citaba los notables para su salón de despacho. Los ciudadanos de todas condiciones acudían en tropel atraídos por la novedad. Las tropas permanecían en sus cuarteles y los invitados tomaban asiento en la sala Capitular. El Alcalde de primer voto anunció á los espectadores el objeto de aquel llamamiento. Se entablaron debates animados entre los adictos del antiguo régimen y entre los propagadores de la revolución.

El pueblo aguardaba impaciente. No pocas veces fué interrumpida la gran sesión por la vocería popular, animada por tribunos ardientes. La multitud no abandonó la plaza, corredores y aposentos del antiguo Cabildo, sino cuando se anunció el Acuerdo y se proclamó la nueva Junta.

A las tres de la tarde de ese día, un bando solemne hizo saber al pueblo el nombre de los designados, como sigue :

<i>Presidente,</i>	DON CORNELIO SAAVEDRA.
<i>Vocales,</i>	JUAN JOSÉ CASTELLI.
—	MANUEL BELGRANO.
—	MIGUEL AZCUÉNAGA.
—	MANUEL ALBERTI.
—	DOMINGO MATHEU.
—	JUAN LARREA.
<i>Secretario,</i>	MARIANO MORENO.
—	JUAN JOSÉ PASO.

Por esta elección, quedaron satisfechas las exigencias de los patriotas y templado el espíritu popular para emprender la conquista de todos los dere-

chos inherentes á un cambio fundamental de condición, como era reemplazar la soberanía del monarca por la augusta soberanía del pueblo argentino.

Batalla de Suipacha.

El 7 de noviembre de 1810 tuvo lugar en Suipacha la primer batalla entre las tropas revolucionarias de Buenos Aires y el ejército realista del Alto Perú.

Las tropas de la expedición auxiliar, como se llamó á las de Buenos Aires, estaban mandadas por el comandante don Antonio González Balcarce, acompañado del vocal de la Junta doctor don Juan José Castelli, que iba en el carácter de director político; y las españolas, á las órdenes del coronel Córdoba, que poco antes había sido enviado á Chuquisaca por el virrey Cisneros para proteger al mariscal Nieto, nombrado presidente de aquella Audiencia.

Empeñado el combate, fué desastroso para los realistas.

Cuando llegó á Buenos Aires el parte de su derrota y la bandera que se les tomó en la batalla, la ciudad heroica festejó estruendosamente el primer triunfo de la patria, rebosando el júbilo en todos los corazones. La Junta gubernativa decretó un escudo de honor á los vencedores en Suipacha.

Después de esta victoria, que templó el espíritu



MARIANO MORENO.

de los Americanos, las tropas vencedoras avanzaron hacia Potosí y todas las intendencias del Alto Perú se pronunciaron por la revolución.

Mariano Moreno.

Este patriota nació en Buenos Aires, el 3 de setiembre de 1779, teniendo, por consiguiente, cuando se hizo la revolución de Mayo, los treinta años cumplidos.

Había estudiado en Chuquisaca, cuya universidad era la primera de la América del Sur, y ejercía en Buenos Aires la profesión de abogado. En este carácter se dió á conocer ventajosamente en 1809, dirigiendo al virrey, á nombre de los hacendados de la campaña de Buenos Aires, una representación en que pedía se abriese el puerto de la Capital, hasta entonces cerrado al comercio extranjero, para negociar libremente con los Ingleses.

Concedida la licencia, fueron tan señalados los beneficios que obtuvieron las arcas fiscales, y las mejoras que recibió la colonia porteña, que el autor de la representación mereció de todas las clases sociales los más cumplidos elogios por su valiente iniciativa.

Por éste y otros antecedentes que habían puesto en evidencia la capacidad y el esclarecido civismo de sus actos, el doctor Moreno fué designado por los ciudadanos congregados el 25 de mayo en la

plaza de la Victoria para ocupar la secretaría de gobierno de la primera Junta Provisional libremente elegida.

En ese puesto reveló bien pronto la extensión de sus conocimientos y aptitudes para el gobierno político; y al propio tiempo que se consagraba con el mayor celo á sus deberes oficiales en el gabinete redactaba *La Gaceta de Buenos Aires*, órgano importante del gobierno, fundada por él en junio de 1810, para propagar por todo el país las nuevas ideas de regeneración.

Á sus esfuerzos en el gabinete se debió en mucha parte la primera victoria de las armas de la revolución, lo mismo que la reunión de los diputados de las provincias en Buenos Aires con el objeto de organizar el gobierno.

Moreno fué el genio previsor que ya en aquellos días formuló el programa político de un gobierno federal, por considerarlo el mejor sistema que hayan practicado los hombres para gobernarse al constituirse en sociedad.

Habiendo renunciado el cargo que investía, por no aceptar la marcha de la Junta que había incorporado á su seno los diputados venidos de las provincias á formar el Congreso, fué nombrado para dirigirse á Lóndres en misión diplomática, llevando por secretarios á su hermano don Manuel y al joven don Tomás Guido, que tanto se distinguió después por sus talentos y consagración á la causa de América.

Durante el viaje se desarrolló violentamente la enfermedad que había contraído el doctor Moreno en las asíduas tareas de su ministerio, y falleció en plena juventud (32 años) el 4 de marzo de 1811, en brazos de sus secretarios y amigos.

El cadáver del gran patriota fué arrojado al mar por requerirlo así la severidad de las ordenanzas navales; lo que dió márgen á la expresión hiperbólica y sublime de que se necesitaba tanta agua para apagar tanto fuego.

Orden del día. — 6 de setiembre de 1811.

El 20 de junio de 1811 fué batido por sorpresa el ejército patriota en las márgenes del río Desaguadero.

Este desastre esparció el pánico hasta el litoral argentino, y las almas débiles, que nunca faltan, lo creían todo perdido, y ya se imaginaban al general Goyeneche penetrando á sangre y fuego en Buenos Aires, como lo había ejecutado en La Paz y Cochabamba. Empero, animada la Junta de Gobierno por el noble espíritu de la mayoría, y dirigida en sus resoluciones por el salteño doctor don Juan Ignacio Gorriti, que era uno de sus miembros, y por el doctor Paso, su secretario, estimulaba y aun imponía el deber cívico á todo el país por la célebre orden del día, de 6 de setiembre de 1811, que es una de las páginas brillantes de la historia, por descuido omi-

tida ú olvidada. « La patria está en peligro, decía, y entre tanto que la hayamos salvado, la guerra debe ser el principal objeto á que se dirijan las atenciones del Gobierno. Las virtudes guerreras serán el camino de las distinciones, de los honores, de las dignidades. Las tropas estarán bajo la más severa disciplina : su descanso consistirá en mudar de ocupaciones militares. Todos los ciudadanos nacerán soldados ; recibirán desde su infancia una educación conforme á su destino. El campo de Marte será una escuela pública donde los jóvenes harán su aprendizaje y se formarán cuerpos robustos. Las ciudades no ofrecerán sino la imágen de la guerra. En fin, todo ciudadano mirará sus armas como que hacen parte de ellos mismos, y la guerra como su estado natural. »

Después de este trozo digno de Licurgo y de los mejores días de Esparta, seguía la organización de la Guardia Nacional ; todos los hombres eran soldados ; y la solicitud de aquellos arrogantes patricios tomaba casi en la cuna á los hijos de las madres argentinas para iniciarlos en la religión de la patria :

« Como para triunfar en esta formidable lucha es preciso que todo sea militar y que se dedique á la guerra, y á fin de que vayan los niños adquiriendo el gusto por las armas, al paso que con la edad crece en ellos el amor á su patria y el odio á los que inventan tan diversos modos para despedazarla, ha dispuesto el Gobierno :

« Que se imprima y distribuya en las escuelas un

prontuario de las ordenanzas militares, para que se familiaricen los niños con su lectura, y que se destinen sargentos inválidos que cuiden de enseñarles el ejercicio, reuniéndolos á este objeto, todos los jueves, en determinado paraje, para que de este modo se grabe profundamente en sus tiernos corazones la idea de que son las *esperanzas de la patria*, y que para servirla, defender sus derechos y mejorar la suerte de su descendencia, ha de ser su divisa constante : *Honor y disciplina.* »

Tal era el temple marcial de nuestros padres, en presencia de los mayores peligros que corrió la revolución de Mayo, pues sus dos ejércitos expedicionarios habian sido derrotados; el de Belgrano en el Paraguay, y el de Castelli en el Desaguadero.

Se había perdido casi toda la fuerza material y sólo restaba ese espíritu viril que no desmayó un instante en los quince años de guerra heroica que sostuvo el pueblo y el Gobierno de las Provincias Unidas para asegurar la independendencia.

El Triunvirato.

Los inconvenientes previstos por Moreno, á causa de la incorporación de los diputados al Gobierno de la Junta, no tardaron en manifestarse. Más de un escándalo sobrevino en las deliberaciones, y se habría disuelto estrepitosamente aquel Gobierno, si algunos hombres prudentes no hubieran conseguido



BERNARDINO RIVADAVIA.

la modificación que se obtuvo en setiembre de 1811, creando un nuevo poder ejecutivo bajo la denominación de Triunvirato. El primero, nombrado por la Junta cesante, fué compuesto por Chiclana, Sarratea y Paso, teniendo por secretarios al doctor Julián Pérez, de Gobierno; á Rivadavia, de Guerra, y al doctor Vicente López, de Hacienda. Esta nueva organización del poder ofreció menos dificultades para el despacho de los negocios, y permitió al gobierno dedicarse con mayor ahinco á la causa de la independencia que sigilosamente impulsaba.

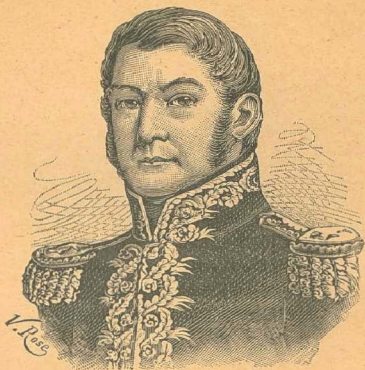
Perseveró en este sistema el Poder Ejecutivo hasta 1814, en que fué reformado el Estatuto por la Asamblea General Constituyente, y se creó el Directorio unipersonal.

Recayó el primer nombramiento de director en el virtuoso ciudadano don Gervasio Antonio de Posadas, que presidía el último triunvirato.

San Martín.

El general don José de San Martín nació en Yapeyú, una de las Misiones argentinas, el 25 de febrero de 1778, y falleció en Francia el 17 de agosto de 1850.

San Martín está considerado como un grande hombre de guerra. Educado en España, se consagró con brillo á la carrera de las armas, sirviendo allí contra el ejército de Napoleón cuando invadió la



D. JOSÉ DE SAN MARTÍN.

Península (1808), y distinguiéndose especialmente por su honrosa conducta en los campos de Bailén y Albufera. Vino á Buenos Aires en 1812 é inmediatamente puso su espada al servicio de la independencia americana. Los hechos culminantes que inmortalizaron su nombre fueron el combate de San Lorenzo (1813), el paso de los Andes, la victoria de Chacabuco (1817), el triunfo glorioso de Maipo (1818) y restauración de Chile por las armas argentinas, la campaña libertadora del Perú (1820) y la jura de su independencia en 1821.

Retirado en Europa á la vida privada desde 1824, no volvió á tomar parte en la política de su país.

Por el voto general de sus conciudadanos se efectuó la repatriación de sus cenizas, con toda la pompa que se tributa á los héroes y bienhechores de la humanidad.

La patria agradecida erigió al ilustre campeón la estatua ecuestre que lo representa en actitud marcial, y que se alza en el centro de la plaza de Marte en Buenos Aires.

Batalla de Tucumán.

Después de la batalla de Suipacha, las armas de la patria no alcanzaron ningún triunfo de consideración, y puede decirse que en todos los encuentros habian sido desgraciadas.

El ejército auxiliar vencido en Huaquí el 20 de

junio de 1811, se había retirado á la provincia de Salta bajo el mando del coronel Pueyrredón. El general Belgrano fué designado por el Gobierno, el 4 de Marzo de 1812, para mandar aquel ejército.

Tan luego como se recibió de sus cuadros diez-mados, marchó hasta Jujuy con el propósito de completar su equipo y abrir operaciones sobre el Alto Perú.

Sabedor de estos proyectos el general Goyeneche, jefe de las tropas españolas en aquella región, despachó al coronel Tristán con tres mil soldados para batir á Belgrano.

El gobierno de Buenos Aires, apercibido del peligro en que éste se encontraba, le ordenó á su vez que, sin dilación, se retirara hacia la capital. En su marcha de retroceso Belgrano llegó á Tucumán después de haber tenido un pequeño combate en las Piedras. Su intención era dirigirse á Córdoba en cumplimiento de las órdenes recibidas. Mas no le fué posible verificarlo, porque tanto las autoridades como el pueblo de Tucumán lo instaron á detenerse allí, ofreciéndole auxiliarlo con hombres y caballos. En vista de ello determinó esperar al enemigo, dispuesto esforzadamente á arriesgar en una batalla la suerte de la revolución, pues de sucumbir en ella, nada sería ya bastante á contener al vencedor, que todo lo sometería á su imperio.

El caudillo patriota se preparó el día 23 de setiembre á combatir, esperando á Tristán por el camino del norte que traía; pero aquel jefe hizo un

movimiento estratégico en la noche del 23, y se le presentó en la mañana del 24 por el lado del sur, cortándole la retirada á la provincia de Santiago. Este inesperado cambio de posición sorprendió, pero no desconcertó, á Belgrano; pues esa misma maniobra venía á favorecer á los patriotas haciendo más grandioso el triunfo si vencían, desde que Tristán se había cerrado á su vez el paso, colocándose en situación opuesta á la ruta de Salta.

Así sucedió, en efecto; Tristán fué derrotado, dejando muerto sobre el campo parte de su ejército, gran número de prisioneros con cincuenta oficiales y jefes, banderas, armas y bagajes.

Esta victoria dió nuevo aliento á los patriotas, que se prepararon para adelantar las operaciones y resolver el problema de la independencía. El general realista, derrotado, tomó á todo riesgo el camino de Salta, donde fué á buscar refugio en su desastre.

Revolución popular.

(8 de octubre de 1812.)

El 8 de octubre de 1812 fué un día de turbulencia y revolución en la ciudad de Buenos Aires. Los miembros de la sociedad patriótica y los directores de la logia Lautaro no andaban conformes con la marcha indecisa del Triunvirato, ni con el proceder de la Asamblea que se había reunido en esos días



DOCTOR BERNARDO DE MONTEAGUDO.

en la Capital, y á fin de caracterizar mejor la marcha política por medio de la reunión de un congreso libremente elegido, resolvieron cambiar la situación.

Á este objeto se congregó el pueblo en la plaza de la Victoria, sostenido en sus proyectos por un escuadrón de granaderos á caballo mandado por sus jefes, San Martín y Alvear.

El doctor Monteagudo, miembro de ambas sociedades Patriótica y Lautarina, con el cabello en desorden, entremezclado con los principales ciudadanos, leyó con voz enérgica y ademanes nerviosos una manifestación arrogante, la cual, firmada entre el tumulto por cuatrocientos ciudadanos, fué dirigida al Cabildo que se hallaba reunido en su sala de acuerdos.

Se diseñaba en ese documento el cuadro de la situación, los continuados avances del poder y la conducta irregular y despótica de la Asamblea, concluyendo por pedir al Cabildo reasumiese la autoridad popular que había delegado el 22 de mayo 1810, y nombrase nuevo poder ejecutivo, compuesto de las personas más dignas del sufragio público para que el nuevo gobierno procediera sin demora á la convocación de una asamblea general. El Cabildo, en cuyas manos se ponía, por el momento, la suerte del país, procedió de conformidad con lo que pedían los revolucionarios, suspendiendo la Asamblea y nombrando nuevo personal para componer el Triunvirato.

Los miembros del gobierno destituidos fueron Chiclana y Pueyrredón del Triunvirato; Rivadavia y Herrera, ministros; y los llamados á reemplazar los triunviros: Paso, Álvarez-Fonte y Rodríguez Peña, y Luca, secretario.

El nuevo Poder Ejecutivo procedió inmediatamente á convocar la Asamblea General, que reunió el 31 de enero de 1813.

Asamblea de 1813.

Esta célebre Asamblea nació de la revolución popular de 8 de octubre de 1812, por lo cual fué depuesto el triunvirato y nombrado otro en su reemplazo. El nuevo Poder Ejecutivo procedió sin demora á convocar el Congreso á que aludía en un manifiesto dirigido á las provincias.

Llamado el pueblo en esta ocasión á tomar una parte directa en la rama más importante del gobierno representativo, ejerció por vez primera un derecho que hasta entonces sólo había ejercido por medio de asonadas entre el tumulto y desquicio de las autoridades.

Era el primer cuerpo nacional que se congregaba: los celos de provincia á provincia no se levantarían allí donde sólo tendrían eco la voz de la patria y de los intereses nacionales.

Así fué que la Soberana Asamblea, como se denominó aquel congreso, celebró su instalación en Bue-

nos Aires el 31 de enero de 1813, en medio de aclamaciones entusiastas. No respondió, empero, á las esperanzas de una inmediata declaración de independencia, que todos anhelaban.

Mas, si no llenó esa parte primordial de su programa, realizó muchas cosas útiles al gobierno y á la libertad.

Ella estableció, por atinadas resoluciones y leyes, los fundamentos sobre que más tarde se levantaría la nacionalidad argentina; regularizó las bases del gobierno; sancionó la inviolabilidad de sus miembros; preparó por medio de la ley sobre la libertad de vientres la total emancipación de los esclavos; abolió el impuesto que pesaba sobre los indígenas, conocido con el nombre de *mita*, y todo servicio personal de los mismos; estableció reglas para residenciar á los magistrados; dictó leyes sobre minería, comercio y milicia; creó el escudo nacional y fijó los colores de la bandera argentina; aprobó el himno nacional; suprimió los signos y distintivos de nobleza; quemó en la plaza pública los instrumentos de tortura destinados á la mortificación de los presos; señaló el cuño de la moneda; reasumió el patronato eclesiástico, y, finalmente, deslindó los poderes públicos, fundando la independencia del departamento judicial.

Desgraciadamente para la nación, este cuerpo, extraviándose en su alta misión de organizar el nuevo Estado, contribuyó con sus debilidades y condescendencias al establecimiento del gobierno



VICENTE LÓPEZ.

personal que, derrocado en 1815, le arrastró en su ruidosa caída.

Así desapareció la Asamblea después de haber brillado un momento, con el concurso de los representantes de todos los pueblos, que, con excepción del Paraguay, se hallaban libres de la dominación española.

Batalla de Salta.

En los campos de Castañares, donde actualmente se eleva una gran cruz con la inscripción que dice en grandes letras : *Honor á los vencidos y vencedores*, tuvo lugar la batalla de Salta el 20 de febrero de 1813. Los contendientes eran los mismos que habian combatido un año antes en los campos de la Ciudadela de Tucumán. Belgrano tomaba ahora la ofensiva. Tristán, encerrado en Salta desde su descalabro, lo esperaba confiado en los buenos elementos de que disponía.

El general patriota movió su campo de Tucumán, y después de atravesar el río Pasaje, formó el ejército, fuerte de tres mil hombres, para jurar obediencia á la Asamblea Constituyente que se habia reunido en Buenos Aires. Esta patriótica ceremonia retempló aún más los ánimos, marchando nuestros soldados llenos de júbilo y de brío, en busca del enemigo acampado en fuertes posiciones.

Lució el día 20 de febrero, y los primeros rayos de un sol hermoso, rompiendo los grupos de nubes

que corrían sobre el horizonte, hicieron brillar las bayonetas del ejército patriota, formado en batalla frente á frente de los veteranos de Tristán. El combate fué en extremo reñido. Durante tres horas estuvo indecisa la victoria. Belgrano, gravemente enfermo, mandaba la batalla, dirigiendo personalmente el centro de su línea. El intrépido Díaz Vélez comandó el ala derecha, confiándose la izquierda á la pericia y bravura de Martín Rodríguez. El mal estado de la pólvora, humedecida por los constantes aguaceros de la noche anterior y de los días precedentes, indujo á los republicanos á preferir el arma blanca, estrechando cada vez más al enemigo, y desbaratándole al fin, á punto de obligarle á entrar disperso en la ciudad, y pedir capitulación al vencedor. Acordada por éste con generosidad caballeresca, los Españoles entregaron las armas y el parque de que disponían en Salta, retirándose libres los soldados que no quisieron espontáneamente agregarse á las filas de los independientes.

Esta victoria abrió á los patriotas la vasta región del Alto Perú, á donde muy pronto debía dirigirse Belgrano, para restablecer el influjo de la gran causa americana.

Himno Nacional.

Por encargo de la soberana Asamblea Constituyente, el doctor don Vicente López y Planes com-

puso ese canto patriótico al cual el pueblo denominó *Himno Nacional*.

Leído en la sesión pública del 11 de mayo de 1813, fué en ella aclamado, con aplauso unánime, declarándose solemnemente que de allí en adelante sería el único que se cantase en las festividades cívicas.

Pocas veces se ha interpretado tan fiel y elocuentemente los sentimientos y el anhelo de un pueblo, como lo hizo López en la feliz inspiración de tan noble poesía. Una sola opinión ha predominado á su respecto : la opinión nacional. Hasta ese canto inmortal no han llegado las pasiones de los partidos políticos, y de padres á hijos se va trasmitiendo la sublime unción y el entusiasmo con que se ha escuchado siempre por los Argentinos.

La música, que de manera tan conmovedora y admirable se armoniza á sus vibrantes estrofas, fué compuesta por el maestro Blas Parera, y por primera vez ensayada en la casa de la familia de Luca, que dió á la revolución uno de sus poetas notables.

Es el gran salmo de la patria que se entonará en los tiempos, mientras que la bandera azul y blanca sea el símbolo de una nación independiente y libre.

Himno nacional argentino.

Oid ¡mortales! el grito sagrado
¡ Libertad! ¡ Libertad! ¡ Libertad!
Oid el ruido de rotas cadenas :

¡ Ved en trono á la noble Igualdad !
 Se levanta en la faz de la tierra
 Una nueva y gloriosa Nación,
 Coronada su sien de laureles,
 Y á sus plantas rendido un León.

CORO.

*Sean eternos los laureles
 Que supimos conseguir :
 Coronados de gloria vivamos :
 Ó juremos con gloria morir.*

De los nuevos campeones los rostros
 Marte mismo parece animar :
 La grandeza reside en sus pechos,
 Á su marcha todo hacen temblar.
 Se conmueven del Inca las tumbas
 Y en sus huesos revive el ardor,
 Lo que ve renovando á sus hijos
 De la Patria el antiguo esplendor.

CORO.

Pero sierras y muros se siente
 Retumbar con horrible fragor :
 Todo el país se conturba por gritos
 De venganza, de guerra y furor.
 En los fieros tiranos, la Envidia
 Escupió su pestífera hiel :
 Su estandarte sangriento levantan,
 Provocando á la lid más cruel.

CORO.

¿ No los veis sobre Méjico y Quito
 Arrojar se con saña tenaz :
 Y cual lloran bañados en sangre
 Potosí, Cochabamba y la Paz ?
 ¿ No los veis sobre el triste Caracas

Luto y llanto, y muerte esparcir?
¿No los veis devorando cual fieras
Todo pueblo que logran rendir?

CORO.

A vosotros se atreve ¡Argentinos!
El orgullo de un vil invasor :
Vuestros campos ya pisa contando
Tantás glorias hollar vencedor.
Mas los bravos, que unidos juraron
Su feliz libertad sostener,
À esos tigres sedientos de sangre
Fuertes pechos sabrán oponer.

CORO.

El valiente Argentino á las armas
Corre ardiendo con brío y valor :
El clarín de la guerra cual trueno,
En los campos del Sud resonó.
Buenos Aires se pone á la frente
De los pueblos de la inclita Unión :
Y con brazos robustos desgarran
Al ibérico altivo León.

CORO.

San José, San Lorenzo, Suipacha,
Ambas Piedras, Salta y Tucumán,
La Colonia y las mismas murallas
Del tirano en la Banda Oriental,
Son letreros eternos que dicen :
Aquí el brazo Argentino triunfó :
Aquí el fiero opresor de la Patria
Su cerviz orgullosa dobló.

CORO.

La victoria al guerrero Argentino
Con sus alas brillantes cubrió :

Y azorado á su vista el tirano
Con infamia á la fuga se dió :
Sus banderas, sus armas se rinden
Por trofeos á la Libertad :
Y sobre alas de gloria alza el Pueblo
Trono digno á su gran majestad.

CORO.

Desde un polo hasta el otro resuena
De la Fama el sonoro clarín :
Y de América el nombre enseñando,
Les repite, ¡ Mortales ! Oid :
Ya su trono dignísimo abrieron
Las Provincias Unidas del Sud !!!
Y los libres del mundo responden :
¡ Al Gran Pueblo Argentino salud !

CORO.



El escudo nacional.

La Asamblea General decretó un escudo de que debía servirse como distintivo de su representación. De ese acto, empero, no hay constancia oficial. Pero resoluciones posteriores dan testimonio de su existencia autorizada. En efecto, á 13 de marzo de 1813,

la Asamblea dispuso que el Poder Ejecutivo usase el mismo sello adoptado por ella, con las variantes que se determinaban. Un mes después, en la ley que dictó sobre acuñación de la moneda, se alude también al escudo de la Asamblea General, cuyos emblemas se ordenaba sirviesen de norma al oro y á la plata acuñados.

Dicho escudo, que mandó grabar para estamparlo en el papel sellado, se divide en cuarteles, los dos superiores de color azul, y blancos los restantes. Lleva por atributos dos manos entrelazadas, símbolo de unión y libertad, sosteniendo una pica en cuya asta se levanta el gorro frigio.

Darle orla dos gajos de laurel, y le corona un sol nascente. El trofeo de banderas que hoy se le agrega representa la federación argentina.

La bandera argentina.

La bandera argentina es bicolor, de forma cuadrilonga, compuesta de tres fajas de igual anchura, horizontales, blanca la del medio con un sol radiante en el centro, y las demás azules.

Desde 1814 la Asamblea Constituyente estableció los colores nacionales al determinar los que debían servir de distintivo al Director del Estado, y que á partir de entonces son los de las banderas del ejército. Los mismos colores se propusieron en el Congreso de Tucumán, después de la declaración de la



GUILLERMO BROWN.

independencia, para la bandera mercante, por el diputado Gazcón, aprobándose en la sesión de 25 de julio de 1816.

En febrero de 1818, reunido en Buenos Aires el Congreso Nacional, el diputado Chorroarín hizo moción proponiendo se adoptase la bandera azul y blanca con el emblema de un sol para la guerra, y que la banda de los brigadieres generales fuese también *azul* y *blanca*, debiendo llevar la del jefe del Estado un sol de oro sobre el pecho. El Congreso aprobó este dictamen, que debe considerarse definitivo en tan importante materia, comunicando su resolución al Poder Ejecutivo.

Al día siguiente, 26 de febrero, promulgó éste en el diario oficial la ley á que se refiere la resolución antedicha.

Brown. — Primer combate de la escuadrilla argentina.

La actividad del ministro Larrea había armado, en febrero de 1814, y puesto bajo las órdenes del comandante Brown, de origen irlandés, una escuadrilla de buques mercantes, destinada á hostilizar las naves españolas que auxiliaban la plaza de Montevideo con su formidable artillería.

Brown hasta entonces sólo se había distinguido por su intrepidez en algunos cruceros, como capitán mercante; pero había revelado condiciones de mando y rasgos de audacia extraordinarios.

Al elegirlo el Gobierno para entregarle sus bajeles, tenía presente su conducta y arrojo; y al aceptar Brown la responsabilidad de la empresa, demostró gallardamente la confianza que tenía en sí mismo.

La escuadrilla se componía de cuatro corbetas, dos bergantines y una zumaca, todos buques mercantes improvisadamente armados en guerra.

El primer combate reñido se trabó en las altas horas de la noche del 16 de mayo de 1814, cerca del puerto de Montevideo. Tronó el cañon hasta las tres de la mañana del día siguiente, hora en que, derrotados los Españoles, se retiraron dejando por trofeos del almirante argentino las corbetas *Neptuno*, *Paloma*, y bergantín *San José*, que habían arreado sus banderas bajo el fuego de los cañones independientes.

De las naves que se fugaron, tres fueron á embicar en la costa, y el resto, otras tres, se acogieron precipitadamente bajo la protección de los fuertes de la plaza.

El sol naciente del día 17 de mayo alumbró victoriosa la escuadrilla argentina, formada en línea en la boca del puerto de Montevideo, y trayendo cautivos los tres buques rendidos en aquel primer combate naval.

La fama de Brown se consolidó en tan memorable jornada, precursora de otras tanto ó más gloriosas que ilustraron su nombre.

Después de este suceso, la rendición de la plaza sitiada tornábase inminente, como en efecto acaeció,

pues sin el auxilio de la escuadra no le era posible sostenerse, y mucho menos hacer triunfar la causa española en la región bañada por el Plata.

La toma de Montevideo.

Desde el 25 de mayo de 1810 la ciudad de Montevideo había sido el centro de las resistencias más tenaces contra la revolución política de Buenos Aires.

Considerada como plaza fuerte, por los cañones que coronaban sus murallas y la provisión de elementos de guerra y soldados que tenía para su defensa, era una amenaza constante y un peligro para los patriotas sublevados.

Hacia ya más de dos años que las tropas independientes, bajo el mando del general Rondeau, sitiaban la ciudad de Montevideo, cuando en mayo de 1814 el Directorio de las Provincias Unidas resolvió acelerar las operaciones del asedio.

Con este objeto reforzó el ejército y envió como general en jefe al coronel don Carlos María de Alvear, cuya actividad y valor precipitaron el desenlace de la tenaz contienda.

Pocos días antes, el comodoro Brown, como queda dicho, al mando de una escuadrilla improvisada por el Gobierno, había destrozado las naves españolas que bloqueaban el puerto de Buenos Aires y defendían por mar la ciudad de Montevideo.



CARLOS M. DE ALVEAR.

La situación del jefe de la plaza, general Vigodet, era ya insostenible cuando se presentó Alvear al frente de las murallas, resuelto á tomar la ofensiva.

No obstante, á fin de ahorrar los estragos del asalto, se convino en una capitulación, mediante la cual los defensores de la plaza depusieron las armas, y los soldados de la patria ocuparon el recinto de la ciudad vencida.

Sospechando entre tanto el general vencedor que los Españoles intentaban reaccionar contra lo pactado y sorprender el ejército, suspendió los efectos de la capitulación, y procedió como si la plaza hubiera sido tomada á viva fuerza, asegurando los prisioneros españoles.

Este triunfo fué de las más grandes consecuencias en aquellos días de angustia por las derrotas de Vilcapujio y Ayouma que acababan de sufrir nuestras armas en el Alto Perú.

Se tomaron en la plaza y en la escuadra quinientas cuarenta y cinco piezas de artillería, ocho mil doscientos fusiles y gran cantidad de otros pertrechos bélicos.

Las ocho banderas pertenecientes á los regimientos desarmados fueron presentadas á la Asamblea por el general vencedor, y la representación nacional manifestó su reconocimiento al ejército triunfante y á su jefe con distinciones honoríficas.

La Independencia.

En el mes de marzo de 1816 se reunió el Congreso de las Provincias Unidas en la ciudad de Tucumán. Eligióse aquella provincia lejana para evitar las influencias que en 1813 y 1814 inutilizaron la acción de la Asamblea General Constituyente. El primordial objeto con que fué ésta convocada, era el de declarar la independencia; lo cual no se efectuó, burlándose las esperanzas de los pueblos que anhelaban, con ese acto, asegurar la libertad por el compromiso inquebrantable de defenderla á todo trance.

La Asamblea en realidad había indirectamente consignado ese alto designio, haciendo jurar su soberanía con toda solemnidad por los ejércitos y los cabildos, desconociendo virtualmente la autoridad del Monarca en cuyo nombre se había ejercido el gobierno hasta la fecha de su instalación.

Pero esta forma abstracta no era comprendida del pueblo, que clamaba por una declaratoria de independencia firme y decisiva, que expresase en términos perentorios que éramos para siempre libres, y que con tal preeminencia nos constituíamos ante el mundo, usando de nuestro derecho y nuestra fuerza, en nación soberana.

Este acontecimiento memorable tuvo lugar el 9 de julio de 1816. Los diputados argentinos, despreciando los riesgos á que los exponía su actitud

soberbia en presencia de un enemigo poderoso, que acababa de alcanzar señaladas ventajas en la guerra, aclamaron el pensamiento sublime revelado en el siguiente documento, que todos firmaron : testamento sagrado de las generaciones, que la fe y el honor de la patria se encargan de cumplir en la perpetuidad de su existencia.

Acta de emancipación de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

En la benemérita y muy digna ciudad de San Miguel del Tucumán á nueve días del mes de julio de 1816, terminada la sesión ordinaria del Congreso de las Provincias Unidas, continuó sus anteriores discursos sobre el grande y augusto objeto de la independenciam de los pueblos que lo forman. Era universal, constante y decidido el clamor del territorio entero por su emancipación solemne del poder despótico de los reyes de España ; los representantes, sin embargo, consagraron á tan arduo asunto toda la profundidad de sus talentos, la rectitud de sus intenciones é interés que demanda la sanción de la suerte suya, pueblos representados y posteridad. Á su término fueron preguntados : si querían que las Provincias de la Unión fuesen una nación libre é independiente de los reyes de España y su metrópoli. Aclamaron primero llenos del santo ardor de la justicia y uno á uno reiteraron sucesivamente

su unánime y espontáneo decidido voto por la independencia del país, fijando en su virtud la determinación siguiente :

NOS, los representantes de las Provincias Unidas en Sud-América, reunidos en Congreso General, invocando al Eterno que preside al Universo, en el nombre y por la autoridad de los pueblos que representamos, protestando al cielo, á las naciones y hombres todos del globo la justicia que regla nuestros votos : declaramos solemnemente á la faz de la tierra que es voluntad unánime é indubitable de estas Provincias romper los violentos vínculos que las ligaban á los reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojados é investirse del alto carácter de una nación libre é independiente del rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli y de toda otra dominación extranjera ; quedan en consecuencia de hecho y de derecho con amplio y pleno poder para darse las formas que exija la justicia é impere el cúmulo de sus actuales circunstancias. Todas y cada una de ellas así lo publican, declaran y ratifican, comprometiéndose por nuestro medio al cumplimiento y sostén de esta su voluntad, bajo del seguro y garantía de sus vidas, haberes y fama. Comuníquese á quienes corresponda para su publicación y en obsequio del respeto que se debe á las naciones, detállense en un manifiesto los gravísimos fundamentos impulsivos de esta solemne declaración. — Dada en la sala de sesiones, firmada de nuestra mano, sellada con el sello del

Congreso y refrendada por nuestros diputados secretarios. — FRANCISCO NARCIÑO DE LAPRIDA, diputado por San Juan, presidente; MARIANO BOEDO, vice-presidente, diputado por Salta; D^r ANTONIO SAENZ, diputado por Buenos Aires; D^r JOSÉ DARREGUEIRA, diputado por Buenos Aires; F^r CAYETANO JOSÉ RODRÍGUEZ, diputado por Buenos Aires; D^r PEDRO MEDRANO, diputado por Buenos Aires; MANUEL ANTONIO ACEVEDO, diputado por Catamarca; D^r JOSÉ IGNACIO DE GORRITI, diputado por Salta; D^r JOSÉ ANDRÉS PACHECO DE MELO, diputado por Chichas; D^r TEODORO SÁNCHEZ DE BUSTAMANTE, diputado por la ciudad de Jujuy y su territorio; EDUARDO PÉREZ BULNES, diputado por Córdoba; TOMAS GODOY CRUZ, diputado por Mendoza; D^r PEDRO MIGUEL ARAOZ, diputado por la capital del Tucumán; D^r ESTEBAN AGUSTÍN GAZCÓN, diputado por la provincia de Buenos Aires; PEDRO FRANCISCO DE URIARTE, diputado por Santiago del Estero; PEDRO LEÓN GALLO, diputado por Santiago del Estero; PEDRO IGNACIO RIVERA, diputado por Mizque; MARIANO SÁNCHEZ DE LORIA, diputado por Charcas; D^r JOSÉ SEVERO MALAVIA, diputado por Charcas; D^r PEDRO IGNACIO DE CASTRO BARROS, diputado por Córdoba; D^r JOSÉ COLOMBRES, diputado por Catamarca; D^r JOSÉ IGNACIO THAMES, diputado por Tucumán; F^r. JUSTO DE SANTA MARÍA DE ORO, diputado por San Juan; JOSÉ ANTONIO CABRERA, diputado por Córdoba; D^r JUAN AGUSTÍN MAZA, diputado por Mendoza; TOMÁS MANUEL ANCHORENA, diputado por



JUAN MARTÍN DE PUEYRBEDÓN.

Buenos Aires ; JOSÉ MARIANO SERRANO, diputado por Charcas, secretario ; JUAN JOSÉ PASO, diputado por Buenos Aires, secretario.

El Director Pueyrredón.

El general Pueyrredón fué nombrado director de las Provincias Unidas por el Congreso de Tucumán. Era uno de los patriotas descollantes por sus servicios á la patria. Desde 1806 figuró entre los héroes de la reconquista combatiendo contra los Ingleses, señalándose por su bizzarria y su valor.

En noviembre de 1810 la Junta de Buenos Aires lo nombró presidente de la Audiencia de Charcas. Se hallaba ejerciendo ese cargo, cuando ocurrió el desastre de Huaqui, donde fueron derrotadas las tropas de Balcarce y Castelli. Tuvo entonces el atrevido pensamiento de apoderarse de los caudales depositados en la Casa de Moneda en Potosí, pertenecientes al Rey.

Tal empresa teniase por temeraria, mas no hubo obstáculos que su actividad no venciera. Ya resuelto, atropelló por todo, rodeado de peligros, y sosteniendo combates diarios con los Indios y la soldadesca, que, dispersado el ejército patriota, se tornaron á la causa realista. De esta suerte, perseguido por entre los breñales y desfiladeros de los montes, llegó hasta la provincia de Jujuy, donde recién cesó la hostilidad tenaz del enemigo.

Los valores salvados ascendieron á 750,000 pesos plata, que el entonces coronel Pueyrredón entregó á la suprema autoridad.

Á fines de 1811 se le confió el mando del ejército del Norte, á cuyo frente permaneció hasta abril de 1812. Por ese tiempo los sufragios de la capital lo llamaron á ocupar un puesto en el triunvirato que gobernaba las Provincias Unidas. La revolución de 8 de octubre de ese año lo alejó del poder. Se hallaba retirado en San Luis, cuando fué nombrado por el Congreso de Tucumán supremo director del Estado (1816). Su gobierno, que duró tres años, es memorable por la sagacidad, la prudencia y la energía que desplegó en aquellos tiempos borrascosos. Fué durante su administración que se emprendió la famosa Campaña de los Andes; pues, apenas posesionado del mando, ordenó desde Tucumán se ejecutase sin demora el plan contenido en la Memoria que le pasó en mayo de 1816 don Tomás Guido, á la sazón oficial mayor del Ministerio de la Guerra, sobre esa vasta empresa que debía inmortalizar á San Martín, anhelante por su realización.

Honroso timbre del ilustre patricio que tan bien supo aprovechar en favor de la América la sabiduría de profundos consejos, y las altas prendas militares del vencedor de Maipo, es asimismo el haber contribuido á fundar la nacionalidad argentina, conteniendo en la capital con mano fuerte la anarquía, y apaciguando el espíritu de revuelta en las provincias.

Pero en cuanto dejó el mando en junio de 1819, su sucesor, el general Rondeau, no pudo poner diques al desorden y á las pasiones que, como un torrente asolador, se desbordaron, envolviendo al país en tinieblas y en sangre. En medio de la espantosa crisis, el mismo gobierno nacional cayó estrepitosamente derrumbado.

La entrevista en Córdoba.

Á mediados de 1816 el general Pueyrredón, que acababa de ser investido con el mando supremo, dió cita en la ciudad de Córdoba, de paso á Buenos Aires al general San Martín, gobernador intendente de la provincia de Cuyo. Motivaba aquel llamado la resolución de concertarse sobre el vasto proyecto que el secretario de guerra Guido presentara, propugnando por la grandiosa idea que en vano había preocupado hasta entonces al general San Martín y otros patriotas, de atravesar la cordillera de los Andes para batir al enemigo en Chile, y restaurado el país, pasar de allí á libertar el Perú.

El aludido plan, perfectamente explicado en la memoria antes citada, fué discutido entre el jefe del Estado y San Martín, quedando decidida la expedición restauradora aconsejada en aquel documento, á cuyo propósito se acabaría de completar y equipar el ejército que en previsión de tan magno suceso se



MANUEL BELGRANO.

organizaba en Mendoza personalmente por su gobernador.

La historia consigna el nombre de los tres próceres nombrados, como el de los exclusivos iniciadores, en el grado que á cada cual le corresponde, del memorable paso de los Andes : trazando el uno con rasgos luminosos el derrotero de la marcha militar y política que convenía seguirse; aprontando el otro los elementos, que en sus manos debían ser incontrastables, para ejecutar la gran expedición confiada á su pericia, y proporcionando el tercero en la medida de su autoridad, bajo la inspiración del más fervoroso patriotismo, los recursos bélicos que debían contribuir á asegurar por siempre la independencia de las Repúblicas del Sud.

Belgrano.

El general Manuel Belgrano nació en Buenos Aires el 3 de junio de 1770. Prestigioso ya por su origen, formó parte de la primera Junta de gobierno nombrada popularmente el 25 de mayo de 1810. En su carácter de vocal se puso al frente de una expedición militar contra las autoridades españolas en el Paraguay. Allí, en medio de ásperas vicisitudes, combatido por la naturaleza y por los hombres, dió pruebas de un ánimo sereno y esforzado. Nombrado en 1812 para dirigir las operaciones del ejército del Norte sobre el Alto Perú, derrotó á los realistas en

las dos célebres batallas de Tucumán y Salta, logrando con esta victoria restablecer el fiel de la balanza que contrastes anteriores habían inclinado en favor de la España.

Más tarde invadió nuevamente el Alto Perú; pero esta vez la fortuna volvió á mostrarse ingrata. Vilcapujio y Ayouma son nombres aciagos para los Argentinos. Derrotado Belgrano en esas jornadas retrocedió hasta Salta, donde entregó por orden superior el mando del ejército al general San Martín.

En seguida fué enviado en misión diplomática á Europa con don Bernardino Rivadavia. Ambos agentes entablaron allí negociaciones para el establecimiento de una monarquía constitucional en el Río de la Plata, en sustitución del gobierno colonial que de hecho no existía. Los tiempos eran nebulosos; quizá creyeron que la estrella de la patria se eclipsaba, cuando sólo estaba envuelta en los vapores de sangre de tres siglos de opresión que el viento de la pampa debía disipar, y soñaron, en días de zozobra, con un trono imposible donde ya había la democracia echado sus cimientos.

Regresó Belgrano en 1816 sin haber resuelto el problema, y apenas reunido el Congreso de Tucumán, se trasladó al interior con la mira de influir en el ánimo de los representantes de los pueblos, sobre la adopción para las Provincias Unidas de la forma política que había sostenido, al par de Rivadavia, en su correspondencia diplomática. La idea, como ya se ha dicho en otra parte, fracasó. El

pueblo, desligado de los férreos lazos que le sujetaban á los monarcas españoles, quería gobernarse por sí mismo, sin que hubiese poder humano capaz de contenerle en su anhelo por alcanzar las altas promesas de la libertad republicana, en cuya defensa se había armado, dispuesto á sucumbir en la lid, antes que renunciar á los principios sacrosantos de que se constituyó en América el intrépido heraldo.

En mérito de sus servicios, fué Belgrano nombrado por el Congreso general en jefe del mismo ejército con que en 1812 y 13 había triunfado de los Españoles. En este puesto se conservó hasta 1820, corriendo los azares de su época. Disuelto su ejército por una funesta sublevación militar en Arequito, provincia de Córdoba, se trasladó á Buenos Aires, cuando ya por todas partes la anarquía amenazaba hundir la República en espantosa ruina. Falleció el 20 de junio de aquel año, con la tristeza que ha solido abrumar las grandes almas al no ver cumplidas ó considerar indefinidamente aplazadas sus aspiraciones generosas. Aún en medio del general desquicio, la muerte del gran ciudadano produjo entre los amantes de la patria aquella consternación que se notó en la antigua Roma al celebrarse los funerales de Germánico.

Belgrano figura en primer término entre los varones ilustres de la Revolución Argentina. En el consejo, en el campamento, en la tribuna; ya en la plaza pública como en el asilo venerable de su

hogar, sabía ennoblecer todos sus actos por el prestigio de una inteligencia cultivada, de un corazón recto y levantado, y de aquellas virtudes amables que templan los deslumbramientos de la gloria, haciéndola más asequible á la admiración y al afecto de los hombres.

El paso de los Andes.

El ejército con que el general San Martín partió de Mendoza (1817) apenas excedía de cuatro mil soldados; pero su disciplina era excelente, completo su armamento, esmerado el equipo, las municiones abundantes. Ocho mil mulas de carga y silla, mil seiscientos caballos, y el auxilio de mil doscientos milicianos, fueron precisos para efectuar el paso de la gigante cordillera. La parte más dificultosa de la empresa era el trasportar la artillería por entre aquellos enormes peñascales. Curioso es el medio de que se echó mano para salvar aquel obstáculo: provisto el ejército con anticipación de unos fuertes anclotes, se les clavó en los altos picachos de la sierra, izando luego por medio de poleas y maromas los cañones separados de sus cureñas y retobados en cuero para la operación. Las ruedas y armones condujéronse á lomo de mula, y en los desfiladeros estrechos á brazo por los hombres. La fusilería de repuesto, el parque, las vituallas, todo llevóse en el mismo orden, hasta que trasmontada la montaña, ya

en la parte que desciende hacia Chile, se puso en formación la tropa de pelea, y se trató de avanzar resueltamente al enemigo.

Algunos escritores han comparado la empresa de San Martín, ora con el pasaje de los Alpes por Anibal, ora con el de Napoleón en aquellos mismos fragosos sitios, cuando cayendo sobre Italia derrotó á los Austriacos en la batalla de Marengo. La comparación no es, sin embargo, exacta. Ni el cartaginés, ni el corso, guiaron sus legiones por tan arduas y elevadísimas cimas como las que el héroe argentino superó, llevando en su potente mano la bandera redentora de pueblos, que jamás flameara entre los hombres á más excelsa altura.

Batalla de Chacabuco.

La cuesta de Chacabuco, vasto desprendimiento del Tupungato, á tres mil pies sobre el nivel del mar, fué el teatro de la memorable batalla, ganada por el ejército argentino al ejército real el 12 de febrero de 1817. Aquel suceso, que cubrió de gloria nuestras armas, fué anuncio brillante de la restauración de Chile, á la sazón sojuzgado por los Españoles victoriosos. Iniciado el combate por el general O'Higgins, que llevado de su ardimiento, no aguardó las órdenes del general en jefe, hubo de comprometer la acción en los primeros momentos. Mas, apercibido San Martín del peligro á que exponía el éxito



BATALLA DE CHACABUCO, (12 de febrero de 1817).

de la jornada el arrojo del mencionado jefe, pues la carga impetuosa de los jinetes españoles amenazaba romper sus batallones, determinó cargarlos en persona al frente de los tres escuadrones de granaderos á caballo, de reserva, al mando de Zapiola. Tan formidable fué el ataque, llevado sable en mano, que la caballería enemiga, rechazada, fué á dar á gran distancia del campo de batalla. Unido esto á la oportuna llegada de Soler y Necochea por los flancos y retaguardia de los Españoles, la victoria declaróse por los Argentinos decisiva y completa. En poder del vencedor quedaron, en la sangrienta refriega, treinta y dos jefes y oficiales, seiscientos soldados prisioneros; toda la artillería enemiga, parque y bagajes, contándose entre los trofeos conquistados la bandera del regimiento de Chiloé. Pasadas apenas las cuarenta y ocho horas de la famosa batalla, el general San Martín, seguido de su ejército, entraba triunfante en la capital de Chile, realizando en veinticuatro días una de las empresas más gloriosas que consignan los fastos militares.

Cancha Rayada.

El nombre de Cancha Rayada, en la provincia de Talca, recuerda uno de los desastres más severos sufridos por los patriotas en la guerra de la revolución americana.

El general realista Osorio, seguido de cerca por

San Martín en territorio chileno, tomó posiciones en el paraje indicado, en la mañana del 19 de marzo de 1819. Su situación era en extremo difícil, pues sublevado ya el país, se encontraba á más rodeado por fuerzas superiores, triunfantes, y perfectamente mandadas, que aguardaban sólo el momento oportuno del ataque, con todas las probabilidades de un éxito completo.

En estas circunstancias llama Osorio á sus jefes á una junta de guerra. Todos convienen en que el conflicto es inminente. Si asoma el día, las armas del Rey están expuestas á un revés ya casi inevitable. Era llegado pues el caso de las resoluciones extremas. En este punto, el coronel Ordoñez, apoyado por el coronel Beza, ambos militares de alto concepto, proponen llevar á los patriotas el ataque á favor de las tinieblas. Aceptado el plan y ejecutado con singular arrojo, los patriotas, no obstante velar sobre sus armas, fueron sorprendidos entre las ocho y nueve de aquella noche fatal. Agredidos en sus posiciones, de que se creían seguros, sobrevino luego el tumulto que se formó en las sombras, la disparada de los caballos, el estruendo de las armas, el pavor de la muerte oscura y sin combate, y la terrible confusión de un campamento donde el pánico se apodera de súbito hasta de los soldados aguerridos, que en medio de tan tremenda embestida se hacen sordos á la voz de los jefes, sin atender á más nada que á la salvación y la fuga.

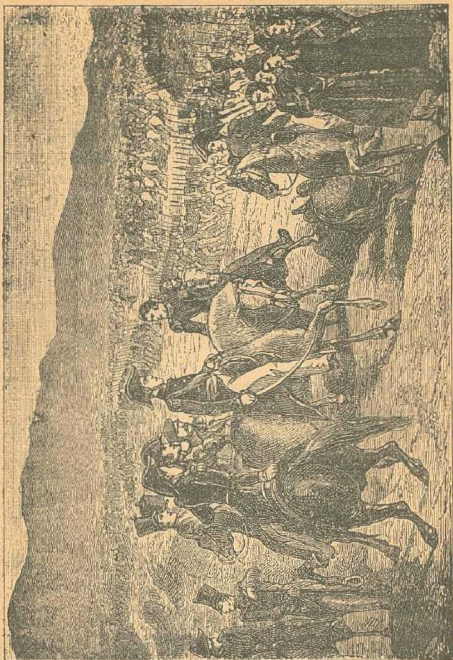
Á la noticia del desastre, de que O'Higgins salió

herido, y en que se creyó muerto á San Martín, todo al principio se creyó perdido; y hubiera así pasado sin la varonil entereza del coronel Las Heras, que consiguió salvar casi intacta la división que comandaba, sacándola del campo, donde acababa de dispersarse derrotado el resto del ejército. Concíbese la alarma y la desesperación en la capital de Santiago ante este deplorable suceso. Pero allí estaba también el espíritu argentino, que jamás se doblegó á la fortuna, representado por nuestro agente público en Chile, Tomás Guido. Fué de nuestra Legación donde se alzaron las primeras voces de aliento para resistir á todo trance á los invasores; fué allí donde acudieron los jefes dispersos, volviendo á formar potente núcleo en derredor de la bandera de mayo, de nuevo aclamada en su misión redentora por los patriotas chilenos, que enarbolaron con nuevos bríos la suya dando ejemplo admirable de constancia.

Con tales elementos no hay derrota que no se pueda remediar, ni hado adverso que no ceda á la perseverancia y al valor. Y acaeció en efecto que, quince días después del gran desastre, tuvo lugar en los campos Maipo la célebre batalla de ese nombre, en que quedó asegurada para siempre la libertad de Chile.

Batalla de Maipo.

Á los diez y siete días del desastre de Cancha Rayada tuvo lugar la batalla de Maipo.



BATALLA DE MAIPO (5 de abril de 1818.

El general San Martín mandaba en jefe las legiones independientes y el general Osorio dirigía las huestes españolas.

Hacia las doce del día 5 de abril de 1818 iniciaron simultáneamente el choque ambos ejércitos, en aquella memorable llanura donde tan alto brilló el valor argentino.

Acompañaban á San Martín los jefes más distinguidos : Las Heras, Alvarado, Quintana, Balcarce, Zapiola, Freire y otros estaban á su lado.

Después de seis horas de fuego, en que la táctica del general en jefe y la bizarría de sus tropas neutralizaron los esfuerzos del enemigo, se pronunció la victoria por la causa de los libres. Osorio huyó acompañado por algunos jinetes buscando la salvación en la fuga. Dos mil cadáveres quedaron sobre el campo de batalla; tres mil soldados y doscientos jefes y oficiales prisioneros; y todas las armas y bagajes fueron trofeos del vencedor.

En dos líneas del más espartano laconismo, encerró el general argentino el primer parte al Gobierno de tan señalado triunfo : « Acabamos de ganar completamente la acción. Un pequeño resto huye; nuestra caballería lo persigue hasta concluirlo. La patria es libre! — San Martín. »



SOLDADO DE LA MONTONERA DE RAMÍREZ (1820).

El año veinte.

El año 1820 señala en la República la época de una verdadera disolución social. El año precedente, el Congreso Nacional había sancionado una constitución política basada en el sistema unitario, y contra ella se pronunciaron los pueblos y se sublevaron los ejércitos; entre éstos, y fué lo de más grave consecuencia, el del Norte, en la frontera de Córdoba, con cuyas tropas contaba el Directorio para resistir la invasión organizada por las montoneras federales de Santa Fe y Entre-Ríos, bajo las órdenes de Ramírez y López.

Deshecho aquel ejército, vióse el Gobierno en la imposibilidad de resistir al empuje de las turbas armadas, que prestigiosos caudillos habían reclutado principalmente en los campos; y después de perder el 1º de febrero (1820) la acción de Cepeda (Provincia de Buenos Aires), disuelto ya el Congreso Nacional, fué arrastrado en la vorágine de las pasiones enconadas.

Cada Provincia trató entonces de constituirse en Estado independiente; cada Cabildo quiso convertirse en Legislatura y todos los jefes de bando aspiraban osadamente á la supremacía del poder.

La provincia de Buenos Aires, sin exceptuar la Capital, fué teatro de las escenas más escandalosas. Cada treinta días elegíase el Gobernador, llegando a tales extremos el desórden que se nombraron go-



GENERAL MARTÍN DE GÜEMES.

bernadores exclusivamente para la campaña, donde hubo magistrado que despachaba los expedientes de la administración, usando y abusando de una autoridad discrecional.

Manteniase ardiente la contienda doméstica en la ciudad y la campaña por intereses los más inconciliables.

En la primera pugnábase por la ocupación del Gobierno, mientras se combatía en los campos con los partidarios de la federación diseminados en grupos que parecían multiplicarse por su actividad y arrojo.

Casi un año duró aquella crisis, calmándose al fin bajo el gobierno de Martín Rodríguez, que pudo, merced á los más patrióticos y diligentes esfuerzos, administrar en paz la provincia de Buenos Aires hasta 1824.

Güemes.

El nombre del general Güemes, salteño, está inscripto en una de las más brillantes páginas de la historia argentina.

Sus servicios militares empezaron en 1806, combatiendo contra los Ingleses que se habían apoderado de la ciudad de Buenos Aires, y defendiéndola en 1807, cuando en una segunda invasión se intentó recuperarla á viva fuerza.

En la batalla de Suipacha figuró con el grado de

capitán de húsares en el ejército de Balcarce, que triunfó allí de los realistas.

Al recibirse San Martín del ejército del Norte en 1814, encargó al comandante Güemes la defensa de las fronteras de Salta, donde era prestigioso. No bien hubo tomado sobre sí tan arduo empeño, llamó á los gauchos á las armas, y puesto ya á su frente emprendió aquella tenaz y sistemática defensa que puso de relieve su constancia, elevándole hasta la altura donde le colocaron sus hazañas.

Varias fueron las tentativas de los Españoles, enseñoreados del Alto Perú, para expedicionar á las provincias litorales. Todo en vano. Güemes está allí, guardián avanzado de la patria. Sus bravos jinetes opusieron formidable barrera á la invasión, una y otra vez aniquilada con los recursos de una táctica peculiarmente americana.

Pocos patriotas han tenido la fe ardiente del guerrillero ilustre. No descansó ni un solo día. Durante cuatro años veló incesantemente sobre su caballo de pelea, espiando los desfiladeros por donde pudiera escurrirse el enemigo en las tinieblas. Conocía á palmos el desierto, el valle y la montaña. Romántico guerrero á quien la libertad prestó sus armas, le idolatraban sus soldados, que llegaron á creerse invencibles bajo las órdenes de semejante caudillo.

La expedición al Perú.

Si grande y atrevida fué la expedición á Chile realizada por el general San Martín en 1817, no lo fué menos la que en 1820 llevó á cabo, preparada en aquel Estado, sobre el virreinato del Perú, con la mira de libertar á los Peruanos de la dominación española.

La fuerza total con que se emprendió la campaña apenas excedía de cuatro mil hombres, de las tres armas, mientras el ejército que obedecía al virrey Pezuela contaba veintitrés mil veteranos bien provistos y armados.

Nada, empero, arredró á los intrépidos expedicionarios. La misma magnitud de las dificultades y peligros á que les exponía su temeraria empresa, fué poderoso estímulo á su noble entusiasmo.

Con la expedición al Perú las promesas de Mayo se cumplían, extendiéndose el círculo de la revolución en una inmensa zona. Las márgenes del Rimac, las faldas del Chimborazo y del Pichincha, debían ser testigos del arrojo de nuestros padres, que llevaron del Plata al Ecuador la propaganda de los principios regeneradores sellados con su sangre.

Si San Martín hubiera confiado el éxito de sus vastos proyectos tan sólo á la suerte de las armas, de seguro que hubiera fracasado. Pero él contaba con atraer á los Peruanos á la causa de su independencia, y sus maneios y combinaciones á este respecto,

alcanzaron todo el fruto que era de esperarse de su previsión y consumada habilidad.

Desde luego trató de paralizar por medio de negociaciones dilatadas la acción de Pezuela, y luego del general Laserna, que le sustituyó en el gobierno, haciéndoles perder el momento oportuno de un ataque formal, mientras el ejército libertador se procuraba, completando su organización, aliados y recursos en el país que acababa de invadir.

Ganando tiempo los patriotas, estableciéronse relaciones sigilosas con los que en la capital aguardaban impacientes la hora suprema de su libertad; fomentóse la conspiración en los cuarteles, burlando la vigilancia de un enemigo suspicaz; sordamente minábase la base de una autoridad ya fuertemente conmovida; los trabajos de zapa no cesaban; por todas partes se preparaban los elementos que debían producir la conflagración general, y apercebidos de ello los contrarios en vez de precaver el incendio, apelaron irritados á las recriminaciones entre sus jefes principales, aumentándose con tales divergencias su vacilación y desconcierto.

Atento San Martín á cuanto pudiera favorecer sus planes, activa entonces las operaciones de la guerra, y manda una división al centro del territorio, bajo las órdenes del general Arenales, trasladándose al propio tiempo con el resto del ejército desde Pisco, treinta leguas al sur de Lima, donde desembarcara el 8 de setiembre (1820), hasta el puerto de Ancón, cinco leguas al norte de la misma ciudad.

De este modo, llamando la atención por diversos puntos á la vez, en tanto que el ilustre Arenales ganaba la batalla de Pasco; anarquizada Lima por Laserna presenciaba la caída de Pezuela, á quien aquel magnate, apoyado por el ejército, subrogara en el mando. Poco después el nuevo virrey, estrechado por las circunstancias, sintiendo estremecido bajo sus plantas el suelo que pisaba, abandona sin combatir la capital al frente de sus fuerzas.

San Martín se dió prisa á tomar posesión de la ciudad de los Reyes, como la llamaron los conquistadores, y entró en ella triunfante el 9 de julio de 1821.

Independencia del Perú.

Arriado en Lima el pendón de la conquista, quebrantados sus grillos, considerándose con júbilo ya en la vía fecunda de los pueblos libres, ostentábase bella y opulenta en presencia de sus libertadores. Pero faltaba á la obra de redención el sello augusto que debiera hacerla perdurable en los tiempos: la independencia del Perú. Á ese fin iban encaminados los trabajos del campeón argentino, y todo conspiraba á la realización de tan gran pensamiento.

No obstante, ¡cuánta prudencia no había menester el afortunado guerrero para la consecución de sus propósitos, sin herir las susceptibilidades del pueblo limeño librado á su albedrío por la opinión y la victoria!

En semejante situación podía ser llevado á extremos peligrosos, si más que á la razón cediese al desinterés magnánimo que caracterizó todos sus actos, dejando anticipadamente á los Peruanos en el ejercicio de sus más sagrados derechos, exceptuándolos de la tutoria de su gloria. Si mantuvo su autoridad fué, pues, para asegurar el éxito de la causa ligada al destino de América, sirviendo de garante á las aspiraciones populares.

La declaratoria de independendia debería ser general y espontánea, no emanada de imposiciones aúlicas, ni de parcialidades ardientes. En esta creencia libró el jefe del Estado á la deliberación de un Cabildo abierto, solución de tan grave negocio, fijo en la idea de organizar en seguida el Gobierno del Perú con hombres adictos á sus miras.

El acto famosísimo á que se consagra este capítulo, tuvo lugar el 15 de julio de 1821. Las corporaciones y autoridades todas, incluso el Arzobispo de Lima y títulos de Castilla, votaron por la independendia, autorizando al general San Martín á disponer lo relativo á su solemne jura.

Designóse el día 28 del citado julio para tan imponente como extraordinaria ceremonia, concurriendo á ella, en la Plaza Mayor, el pueblo en masa, el héroe de los Andes con los secretarios de Estado, edecanes y principales jefes, y el marqués de Montemira, acompañado de los dignatarios y personas más distinguidas de la capital.

De hecho y derecho quedó la nueva nación eman-

cipada así que enarbolando San Martín la bandera que había antes decretado en Pisco dirigió al concurso alborozado las siguientes palabras : — « Desde este momento el Perú es libre é independiente por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de la causa que Dios defiende ! »

Los Granaderos á caballo.

Este regimiento de caballería de línea que llevó en la guerra de la independencia el nombre de « Granaderos á caballo », fué formado desde los primeros giros por el general San Martín en Buenos Aires (1812), siendo entonces teniente coronel. Se componía ese cuerpo en sus principios de reclutas traídos la mayor parte por enganche de la campaña de Mendoza, San Luis y Santiago del Estero. Eran todos hombres escogidos, de gran talla, jóvenes y fuertes. Los oficiales pertenecían á las primeras familias de Buenos Aires, como Zapiola, Necochea (Rufino), Escalada, Lavalle, etc.

Nombrado San Martín á fines de aquel año para proteger las costas del Paraná de los ataques dirigidos desde Montevideo, llevó por toda fuerza un escuadrón del regimiento de su mando. No obstante componerse éste de soldados aún bisoños, peleó con denuedo en el combate de San Lorenzo, sobre las barrancas del Paraná, contra la tropa veterana que desembarcó de la escuadrilla española en la

madrugada del 3 de febrero de 1813. Dicho escuadrón siguió á San Martín hasta Tucumán, cuando nombrado por el gobierno marchó á hacerse cargo del ejército del Norte que obedecía al general Belgrano, y ahí quedó.

Los demás escuadrones asistieron al sitio de Montevideo; hicieron parte del ejército de los Andes; se batieron en Chacabuco, mandados en persona por el General en jefe; contribuyeron al gran triunfo de Maipo, y pasaron al Perú en 1820 con la expedición libertadora, distinguiéndose siempre en todas las funciones de guerra por su disciplina y su arrojo.

Después de las acciones más brillantes, habiendo ya caído en los combates de la libertad, ó por las inclemencias del clima, los viejos granaderos de las grandes jornadas de la revolución, y reemplazados por otros á medida que rendían la vida en defensa de la causa de América; la insurrección de la División de los Andes, acaecida en las fortalezas del Callao el 4 de febrero de 1824, arrastró á aquel famoso cuerpo en sus fatales consecuencias. Refiriéndose á ese aciago suceso, dice el general Martínez, jefe de dicha División, en la exposición documentada que dirigió desde Lima á sus conciudadanos: « El Regimiento de Granaderos á caballo contramarchaba desde Cañete hacia la capital. Jefes animados de un celo ardiente por la causa pública (los señores general don Tomás Guido y coronel Pérez, secretario general de S. E. el Libertador), no cesaron de trabajar para inducir al Presidente á que

removiese el pretexto de una insurrección en este cuerpo, socorriéndolos en tiempo. Las órdenes se dieron con la lentitud acostumbrada, y aunque adopté precauciones estrechas para evitar el contagio de la sedición, los granaderos se apercibieron de la de los Castillos, y siguieron su ejemplo adelantándose hasta ponerse bajo los fuegos de la plaza. Este movimiento derivaba del mismo origen que el del *Río de la Plata*, pero libres los amotinados de los embarazos que cercaban á aquel regimiento, la mitad de la tropa volvió á sus banderas luego que divisó á sus camaradas bajo la de sus enemigos. »

Al narrar este triste episodio, el general Martínez termina con las siguientes palabras de generosa atenuación : « Con todo, no debo negar á la memoria de la División de los Andes un tributo de justicia y de reconocimiento. Apenas existían entre su infantería ciento cincuenta de los beneméritos soldados que cruzaron la gran Cordillera y desembarcaron en las playas de Pisco. Muertos en el campo del honor, ó por la influencia del clima, prisioneros ó inutilizados en la guerra, habían desaparecido los valientes que tantas veces se coronaron con la victoria. Sus reliquias, confundidas entre los esclavos colectados en las costas del Perú, no pudieron oponer una resistencia triunfante. Y sin embargo algunos de los viejos soldados han preferido el patíbulo á volver sus armas contra sus banderas; otros han tentado vengarse despreciando su vida, que han perdido con heroicidad; y por fin la División de los

Andes, al dejar de pertenecer al rol de los defensores de la patria, ha dado á conocer que la traición puede esclavizar un soldado inocente, pero que la fidelidad no se borra del pecho de un militar honrado y endurecido en los combates. »

Lo que restaba de *Granaderos á caballo* dió testimonio brillante, hasta el fin de la guerra de la independencia en el Perú, de la noble escuela militar en que se habían educado.

Un día, cuando ya había cesado de tronar en América el cañón español, haciendo en Ayacucho sus últimos disparos, vióse atravesar por las calles de Buenos Aires, en dirección al Parque de Artillería, un grupo de soldados curtidos del sol y la intemperie, á cuya cabeza venía un bizarro guerrero, el coronel Bogado. Eran los viejos Granaderos que, después de más de diez años de campaña del Plata al Chimborazo, volvían á la patria á entregarle las armas que confiara á su honor, después de haberlas esgrimido con gloria en reñidas batallas.

Hecha la entrega, aquellos héroes anónimos se dispersaron á los cuatro vientos, perdiéndose en las penumbras de la historia. Allí el agradecimiento de la posteridad irá á buscarles para admirar en ellos el símbolo del patriotismo y la lealtad.

El Congreso Constituyente de 1826.

En el Congreso Constituyente de 1826, reunido en Buenos Aires á fin de fijar la forma de gobierno que

debía regir la Nación Argentina, se presentaron á discusión dos sistemas políticos enteramente opuestos : el federal y el unitario.

Los Diputados sostenedores de uno y otro principio tenían en el Congreso sus respectivos caudillos. El doctor don Valentín Gómez era el jefe de los unitarios, y el coronel Dorrego el de los federales.

Los debates parlamentarios demostraron la ilustración y el patriotismo de los grupos contrarios.

Triunfaron finalmente los partidarios de Gómez y Rivadavia, por el voto en la Cámara; más á poco de sancionarse la Constitución unitaria, las provincias protestaron, resistiéndola.

Esta actitud no provino sólo de la opinión de sus legislaturas y gobiernos. En algunas se convocó á los ciudadanos más notables á fin de que expresaran su pensamiento sobre el sistema más conveniente á su juicio para constituir la Nación; y todos, sin excepción, se decidieron por el federativo.

Rechazada así popularmente la constitución centralista, el presidente Rivadavia que la sostenía con su influjo, decaído en su prestigio, renunció el Gobierno que ejercía, y á que ascendió poco después el coronel Dorrego, cuyas ideas liberales y el talento con que las sostuvo en la tribuna y en la prensa, le habían conquistado en todo el país las más ardorosas simpatías.

El Congreso Constituyente, que tanto se distinguiera en sus primeras sesiones por las sabias leyes



DOCTOR DON VALENTÍN GÓMEZ.

que dictó, y la firmeza de sus actos durante la guerra contra el Imperio del Brasil, siguió desmayado en su caída á Rivadavia, de quien reflejaba el pensamiento político, desatendiendo á la fiel interpretación del voto expreso de los pueblos.

Ituzaingo.

(20 de febrero de 1827.)

El atrevido pasaje de los treinta y tres patriotas orientales, en abril de 1825, había precipitado los acontecimientos que debían asegurar la independencia de la Banda Oriental.

Después de aquel acto heroico del general Lavalleja, la guerra entre la República y el Imperio del Brasil se hizo inevitable.

Así lo comprendió el gobierno argentino, que tiró denodadamente de la espada y lanzó sus escuadrones de valerosos jinetes á la reconquista de los territorios ocupados por el Brasil desde 1816.

Organizado el ejército nacional por el general don Carlos de Alvear, tomó resueltamente la ofensiva á principios de 1827, penetrando en el territorio enemigo y posesionándose de sus depósitos acumulados en la frontera.

Las avanzadas de la división imperialista del general Bento Manuel se avistaban diariamente con las guardias del ejército republicano.

El día 13 de febrero, un regimiento de caballería argentina, mandado por el coronel Lavalle, se encontró con la división enemiga sobre las márgenes del Bacacay y la batió completamente. El 14 fué destacado el general Mansilla con algunas tropas para llevar un ataque más decidido á los Brasileños, y encontrándolos en la mañana del 15 en el Ombú, después de un combate vigoroso, consiguió dispersarlos matándoles cuarenta hombres. El día 16 se reunió á la de Bento Manuel la división del general Abreu y las tropas mercenarias que mandaba el general Braun, poniéndose las tres divisiones bajo las órdenes del marqués de Barbacena que mandaba en jefe.

Así reforzado el ejército imperial efectuó varios movimientos estratégicos, esquivando un encuentro decisivo á que lo provocaba el general republicano. Al rayar el 19 se avistaron los dos ejércitos. El enemigo caminaba en la misma dirección que el republicano, que continuó tranquilamente su marcha y campó sobre el paso del Rosario á las 12 del día. — Barbacena siguiendo su movimiento se detuvo á dos leguas del mismo.

En esta situación era ya ineludible la batalla. — Los Brasileños habían esquivado el combate, tratando de debilitar el ejército argentino que operaba sobre un país desprovisto de recursos y en la zona ardiente.

Empero, el general argentino maniobrando con habilidad los atrajo al punto estratégico donde le

convenía, según sus cálculos, decidir la contienda.

En esta disposición amaneció el día 20 de febrero, y apenas el sol arrojaba sus primeros resplandores se encontraron los dos ejércitos en los campos de Ituzaingo.

La lucha fué encarnizada y heroica por ambas partes. Al frente de sus soldados cayeron muertos el intrépido coronel Brandzen y el comandante Bezares y al frente de los suyos el no menos denodado general Abreu. Los actos de bravura realizados por nuestros jefes y oficiales fueron numerosos y extraordinarios; la victoria completa y el botín de guerra cuantioso.

Esta campaña fué una reproducción de las grander jornadas de la independencia. El pabellón argentino flotaba victorioso como en Chacabuco y en Maipo, ó como en Salta, cuyo aniversario era ese día 20 de febrero de gloriosa memoria.

Dorrego.

Cuando estalló la revolución del 25 de mayo en 1810, Manuel Dorrego, muy joven aún, se encontraba en Santiago de Chile. Llegada apenas la noticia de aquel levantamiento, se entregó con ardoroso afán á secundarle, propagando en el país de su residencia y á riesgo de la vida las doctrinas emancipadoras que abrazó desde luego con ardiente entusiasmo. Fueron entonces tan eficaces sus esfuerzos,



MANUEL DORREGO.

que el gobierno chileno le condecoró más tarde con un escudo especial, cuyo lema decía : *Chile á su primer defensor*.

En 1811 regresó á Buenos Aires, su patria, y se hizo soldado. Acompañó á Saavedra en su viaje á Salta y se agregó al ejército del Alto Perú que mandaba el coronel Pueyrredón. En 1812 se batió en Nazareno y en Suipacha, donde fué herido mortalmente. En setiembre de ese mismo año se cubrió de gloria en la batalla de Tucumán, y en febrero de 1813 en la de Salta. En 1814 da en la Banda Oriental la sangrienta batalla del Guayabo contra las huestes indómitas de Artigas. Activo y valeroso, en todas partes brillan su espada y superiores talentos. En 1816 sufrió duro destierro á causa de sus enérgicos escritos por la prensa en oposición al gobierno. Por esa expatriación pasó cuatro años en los Estados Unidos, afirmando allí sus principios políticos en el estudio de las instituciones de aquel país. De vuelta á la patria en abril de 1820, nombrósele á los pocos días gobernador de Buenos Aires. Inmediatamente pónese en campaña y derrota el 2 de agosto en San Nicolás de los Arroyos á las turbas armadas, que con la denominación popular de montoneras tenían constantemente en jaque á las autoridades legítimas. En 1823 lo elige el pueblo diputado á la Junta de Representantes, y en 1826, con igual investidura, al Congreso Constituyente, donde figura por su elocuencia incisiva y vivaz como el paladín del régimen federativo de gobierno.

Nuevamente electo gobernador de la provincia de Buenos Aires en 1827, firma la paz con el Brasil sobre la base de la independencia de la República Oriental del Uruguay. Este suceso, dados los antecedentes y circunstancias de la guerra, es aplaudido sin discrepancia en Europa y América como un triunfo de la diplomacia argentina. Apenas restablecida la concordia, un motín militar encabezado por el general Lavalle, representante del unitarismo, depone al coronel Dorrego el 1º de diciembre de 1828. Defiende éste su autoridad con las fuerzas que pudo reunir en la campaña, pero batido y hecho prisionero en el combate de Navarro, fué sin más trámite, pasado por las armas.

La República entera se estremeció en presencia del ominoso sacrificio de que el general Lavalle, obedeciendo á su natural arrogancia, asumió, sin comprometer á nadie, la responsabilidad ante la historia; pero no ocultó nunca su hondo pesar de haber sacrificado á tan ilustre compañero de armas; y si hay algún holocausto aceptable de la posteridad y de la justicia suprema, sería este arrepentimiento de un héroe.

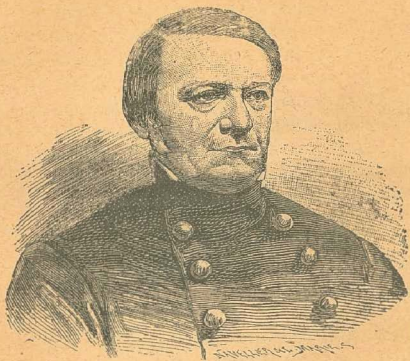
La muerte de Dorrego se ha considerado como una calamidad nacional, por haber sido causa eficiente de la época aciaga que cruzaron estos pueblos desde el motín de diciembre hasta la batalla de Caseros.

El general Paz.

Nació el general José María Paz en la ciudad de Córdoba el 9 de Setiembre de 1791. Cursaba el tercer año de jurisprudencia, cuando estalló la revolución de mayo; y tan luego como la juventud cordobesa fué llamada al servicio de las armas, se alistó en sus banderas en clase de capitán de milicias. En 1811 formó ya en el ejército de línea. Acompañó á Pueyrredón en las sucesos que siguieron el desastre de Huaqui; y á las órdenes de Belgrano combatió valerosamente en las batallas de Tucumán y Salta. Continuó en el ejército del Norte hasta su disolución, atribuyéndosele una parte principal en tan desgraciado suceso. Organizado el ejército nacional en 1826, pasó en la categoría de coronel con que la patria premiara sus servicios, á la Banda Oriental, bajo las órdenes del general Alvear, haciendo la campaña contra el Imperio del Brasil.

En la acción de Ituzaingo fué nombrado general sobre el campo de batalla.

De regreso á la República en 1829, con una parte del ejército, firmada ya la paz con el emperador Pedro I, tomó en la guerra civil que sobrevino después del motín de diciembre (1828), encabezado por Lavalle, la actitud de un partidario ardoroso del sistema unitario. Los talentos militares de Paz descollaron en la cruda lid que emprendió contra los más poderosos caudillos federales del interior de la



BRIGADIER GENERAL JOSÉ MARÍA PAZ.

República. Derrotó á Bustos, gobernador de Córdoba, en el combate de San Roque, y á Quiroga, un terrible soldado, en las batallas de la Tablada y Oncativo. Hecho prisionero (1831) por fuerzas que obedecían á López, gobernador de Santa Fe, fué, á pedido de Rosas, enviado á Buenos Aires, donde permaneció ocho años preso en la cárcel de Luján. Puesto al fin en libertad, se ausentó clandestinamente del país en 1839, tomando luego parte activa en la guerra intestina que terminó en 1852, siendo uno de los más constantes y enérgicos adversarios de la Dictadura. En 1840, prestó el contingente de sus luces al ejército de Corrientes alzado contra Rosas, bajo el gobierno del general Ferré, derrotado luego por Urquiza en la batalla de Vences. En 1843 presidió en Montevideo á la defensa de la plaza asediada por el general Oribe. En 1846 dejó aquella ciudad para hacer una nueva tentativa contra el Dictador argentino, aliando el Paraguay y la provincia de Corrientes. Fracasada la empresa se dirigió al Brasil. Derrocado Rosas, vuelve á Buenos Aires y es nombrado Ministro de la Guerra, organizando la defensa de la capital contra las fuerzas de la Confederación. Al poco tiempo renunció el ministerio, retirándose á la vida privada.

El general Paz fué un militar austero, pundonoroso, imperturbable en el peligro, y sabio en el arte de la guerra, á que dedicó gran parte de su tormentosa existencia. Escritor claro y penetrante, su pluma severa ha suscitado rectificaciones vehe-



GENERAL LAVALLE.

mentos, al trazar en sus Memorias, donde se encuentran admirables páginas, la pintura de los acontecimientos políticos de su época.

Falleció en Buenos Aires el 22 de octubre de 1854.

General Lavalle.

La personalidad de Lavalle, descollante ya en la época de la guerra de la independencia por su marcialidad caballeresca, se diseña fuertemente en la guerra civil, en que figura como el primer antagonista de los tenaces defensores de la Dictadura de Rosas. Después de las más dramáticas peripecias en la Banda Oriental, puesto al frente de un ejército formado con los elementos recogidos en una larga emigración, que contaba al ponerse en campaña con el apoyo de las naves francesas que bloqueaban á la sazón á Buenos Aires, recorre toda la República desde el litoral hasta Jujuy, librando encarnizados combates. Derrotado al fin por Oribe en el Quebracho, una sorpresa casual fué causa de su muerte en aquella ciudad, acaecida el 8 de octubre de 1841.

Lavalle ha sido considerado por su gallardía y su valor como el prototipo del soldado argentino. Amó la libertad y la gloria, sin ahorrar sacrificio, ni aun el de la propia vida, cuando se trató de sostener sus convicciones, fortalecidas en el infortunio de su destino y de su patria.



DON JUAN MANUEL ROSAS.

Rosas.

Rosas apareció en medio del desquicio social del año 1828 y como la consecuencia inmediata del fusilamiento de Dorrego.

En torno de esa personalidad se agruparon los hombres que no podían hacer causa común con el error político, y esta adhesión fué el motivo de que más adelante permanecieron aparentemente ligadas á la Dictadura personas que ni por sus tradiciones de partido, ni por sus propias ideas, simpatizaban con el sistema de terror en que basó su administración.

La Dictadura de Rosas, llevada al grado de abuso y exageración en que se ejercía, no podía concitarle más que odios sistemáticos entre sus enemigos, y la simple adhesión de la obediencia de parte de los que se llamaban sus partidarios.

Si estos partidarios ó amigos de su sistema pudieron tener en los principios de aquel gobierno un verdadero sentimiento de afección, cuando las persecuciones se hicieron extensivas á todo lo que era culto y decente, y se ordenó bajo severas penas el uso de distintivos odiosos como el chaleco colorado y la cinta roja en la chaqueta y el sombrero, el moño punzó en la trenza á las señoras, y la testera y colera del mismo color en los caballos; cuando sobre todo esto faltaron las garantías para los ciudadanos, y el asesinato y los insultos dejaron de ser

una venganza contra hombres indefensos, para ejercitarse sin distinción entre amigos y enemigos, la sociedad tembló asombrada y todos los hombres que eran capaces de pensar vieron en el gobernador de Buenos Aires, no al perseguidor de los cómplices en el fusilamiento de Dorrego, sino al enemigo de la civilización y del progreso.

Todo se abatió bajo su gobierno porque no hizo más que destruir sin fundar nada en el orden moral de las sociedades; y cuando en 1852 fué arrojado del poder, este país se encontró más atrasado que lo que estaba en la época de la revolución de 1810. Así es que Rosas está juzgado por amigos y enemigos, por unitarios y federales, como un mandatario que, alentado por la irresponsabilidad con que ejercía el poder, puso en peligro la seguridad de todos y hasta la de su propia familia, y este veredicto unánime lo condena en el juicio sereno de la posteridad.

Sin embargo, la justicia severa de la Historia no debe olvidar, que cuando se trató de defender el honor de la bandera Argentina contra las agresiones de potencias de primer orden y se vió en peligro la independencia nacional, su actitud fué decisiva y heroica, mereciendo el aplauso de los hombres más distinguidos de América.

La batalla de Caseros.

El tratado preliminar de paz celebrado en 1849 por el Dictador argentino con los gobiernos de Ingla-

terra y de Francia, dejaba las provincias de la Confederación en la misma dependencia comercial de Buenos Aires en que desde el tiempo de la colonia habían permanecido. Los ríos Paraná y Uruguay sólo podían navegarse previo consentimiento de la autoridad ribereña, siendo absolutamente prohibida la navegación á la marina extranjera.

Fué en presencia de estas limitaciones que el gobernador de la provincia de Entre-Ríos, aliado al de Corrientes, se puso enérgicamente de pie para combatir las á nombre del interés general de la nación y del comercio. A esos motivos de desinteligencia y de ruptura con el poder central cada vez más absorbente, se agregaba el que iban corridos ya veinte años desde que Rosas prometiera organizar la República bajo el sistema federal; pero envuelto en dificultades sin términos, no hallaba nunca la oportunidad de ejecutarlo, dilatándose indefinidamente el cumplimiento del tratado, que sobre tan grave asunto firmaron las tres provincias litorales, el 4 de enero de 1831.

Resuelto el general Urquiza á realizar los votos del pueblo, fatigado ya de ver burlada su esperanza por un gobierno opresor, declaró la guerra al gobernador de Buenos Aires en mayo de 1851, y aliado al Brasil y la República Oriental, emprendió la campaña, que enalteciendo su fama, debía producir la regeneración del país en el sentido de su libertad y su progreso.

Convencido Rosas de que su causa personal había

llegado á ser insostenible, pues la opinión del país se inclinaba visiblemente hacia su nuevo y formidable antagonista, sólo hizo una débil resistencia, dejando abierta la campaña al ejército aliado, que llegó sin tropiezo hasta los campos de Caseros, á cuatro leguas de la ciudad de Buenos Aires, donde se dió la batalla campal que lleva ese nombre, el 3 de febrero de 1852.

El triunfo de las armas aliadas fué completo. El ejército que les opuso el Dictador, mandándolo en persona, estaba contaminado por el espíritu atra-yente de la reacción liberal, y sólo el pundonor militar le mantenía en la obediencia. Esta circunstancia precipitó la caída de Rosas, que poniéndose en salvo después de su derrota, fué á refugiarse en Inglaterra.

Los pueblos quedaron libres para entregarse á las tareas de su organización política y fundar un Gobierno constitucional.

Constitución Nacional.

La victoria de Caseros en 1852 es el punto de arranque de una nueva faz en la historia de la República Argentina.

Á esa batalla que dió de un solo golpe en tierra con la Dictadura, se debió el triunfo de las ideas constitucionales bajo el régimen federativo que desde 1826 habían proclamado los pueblos, recha-

zando la constitución centralista dictada durante la administración de Rivadavia.

El primer paso del jefe vencedor fué convocar en Santa Fe á un Congreso general, para que constituyera la nación conforme al voto manifestado por las provincias.

Reunida la Asamblea dió honrosamente cima á la grandiosa obra confiada á su sabiduría y patriotismo.

Un distinguido ciudadano, el doctor don Juan Bautista Alberdi, contribuyó desde el extranjero con sus profundos escritos á tan plausible resultado.

Sancionada el 1º de mayo de 1853, la Constitución nacional fué en seguida jurada solemnemente por todas las provincias, con excepción de la de Buenos Aires, temporalmente segregada de la unión federal.

Primera Presidencia Constitucional.

Promulgada la Constitución federal, el general Urquiza fué designado para ocupar la Presidencia de la República, que entró á ejercer el 4 de marzo de 1854.

No obstante el estado de anarquía, despotismo y atraso en que se hallaba el país, la consagración inteligente de los ciudadanos que compusieron aquella primera administración nacional hizo prodigios en el sentido de encaminar las cosas á un orden regular, tratándose de la marcha de los negocios públicos.



CÁPT AN GENERAL JUSTO JOSÉ DE URQUIZA.

Á ese fin se extendieron las relaciones diplomáticas en Europa y América, ajustándose tratados de amistad y comercio, á más de los ya firmados por el general Urquiza, en su carácter de Director Provisorio de la Confederación Argentina, con Inglaterra, Francia y Estados Unidos, estipulando la libre navegación de los ríos Paraná y Uruguay. Medidas financieras de gran trascendencia aumentaron los recursos del erario, siendo una de las más eficaces el ensayo del comercio directo entre la plaza del Rosario y los mercados europeos. El culto, y la instrucción pública de que fué principal centro el colegio del Uruguay, donde se formaron no pocos de los ciudadanos que figuran en la Administración, en el Foro y en el Ejército, recibieron también un impulso de la mayor trascendencia.

En el gobierno interior, las provincias, en cumplimiento de preceptos determinados en el Código fundamental, se dieron sus respectivas constituciones, complementando así la organización que ha servido de base al orden actual, no obstante las agitaciones que han perturbado momentáneamente la marcha política de la República.

Los gobiernos europeos y americanos acreditaron sus ministros diplomáticos en el Paraná, y este acto se consideró como la adhesión franca y cordial en favor de la República Argentina definitivamente organizada y constituida.

La capital.

La ciudad de Buenos Aires es la capital histórica de la República Argentina. Desde la época colonial fué cabeza del virreinato del Río de la Plata, y desde ella gobernaron los virreyes. Caracterizaba además su condición de capital en toda esta vastísima colonia, la circunstancia de ser su puerto fluvial el único habilitado por el rey de España para el comercio exterior.

Hecha la revolución de Mayo, constituyó en su seno, sin oposición, el primer gobierno independiente.

Los sucesos de 1820 la privaron por corto espacio de su antiguo rango. En 1824 volvió á ser el asiento de las autoridades y el primer centro político del país. Duró esta preeminencia hasta el año 1852, en que la provincia de Buenos Aires quedó de hecho separada de la Unión.

Constituída la República desde 1853, la autoridad federal se estableció provisoriamente en la ciudad del Paraná y luego, reanudados los vínculos que las disensiones políticas habían relajado entre los miembros de la gran familia argentina, se trasladó á Buenos Aires.

Pero urgía cambiar lo provisorio en permanente, conjurando así el grave peligro para las instituciones y los intereses generales de una situación indecisa, que daba lugar anualmente en el Congreso

á acalorados debates. Dictóse por fin la ley que declara á la ciudad de Buenos Aires capital de la República, y calmada la efervescencia de los espíritus y de las aspiraciones locales, tratándose de tan importante asunto, esa ley puede considerarse como uno de los fundamentos principales de la paz y prosperidad actual, desarrollada en el país en proporciones sorprendentes.

Tocó en gran manera el honor de haberse conseguido y afirmado tales beneficios á la más rica y adelantada provincia de la Unión, quien al ceder su ciudad predilecta, bella, culta y opulenta, resolviendo un problema que amenazaba envolvernos en dificultades sin término, dió una vez más la medida de su ilustración y noble patriotismo.

La conquista del desierto.

El acontecimiento más notable de la época presente es, sin disputa, la conquista del desierto.

Después de trescientos años de combates sin tregua, los salvajes del Sur permanecían ocupando territorios inmensos.

La riqueza de los campos, consistente en ganados, era la presa continua de los Indios bárbaros. El asesinato y el incendio señalaban sus pasos constantemente.

Sumas cuantiosas se invertían todos los años en



GENERAL JULIO A. ROCA.

defensa de las fronteras, pero siempre con resultado negativo.

Si las tribus más próximas se sometían al Gobierno, otras más lejanas abandonaban el fondo de la Pampa y esparciéndose por las poblaciones rurales conducían en grandes tropas los ganados argentinos hasta los territorios del sur de Chile.

Todos los medios empleados para contenerlos resultaban ineficaces, y cada año aumentaban las terribles depredaciones.

El arduo problema de los Indios parecía insoluble; empero un hombre destinado á vengar la civilización de tan largo ultraje apareció en la escena.

Ese hombre fué el general Roca, que á despecho de las opiniones más conceptuadas puso en práctica un sistema vigoroso contra los salvajes, no para destruirlos, sino para someterlos y civilizarlos, trayéndolos vencidos á participar de los derechos que gozan todos los Argentinos.

Á la defensa sedentaria de los fortines opuso la invasión llevada con audacia hasta las tolderías.

La regularidad con que cumplieron las órdenes del Ministro de la Guerra, el valor y la constancia del ejército, coronaron en poco tiempo con el éxito más completo sus planes, que, en los primeros momentos, se juzgaron irrealizables.

Vencidos los Indios fueron expulsados de sus aduares, perdiendo toda esperanza de restablecerse en sus antiguos dominios.

Esta campaña militar que terminó el 25 de mayo de 1879, bajo la dirección personal del general Roca, vino á fijar la línea de ocupación de la Pampa en las márgenes del río Negro, donde flamearon en ese día los colores de la patria saludados por el ejército nacional.

Á esta primera é importante ocupación de 20,000 leguas cuadradas, se han seguido otras expediciones al mando de jefes distinguidos completando el plan del general Roca.

Las extensas comarcas de la Patagonia, esa región misteriosa donde los conquistadores se defu- vieron asombrados, y que los geógrafos marcaban con una sombra en los planisferios, ha sido reco- rrida en todas direcciones y definitivamente ocu- pada.

Sus dilatadas praderas, sus bosques seculares, sus ríos profundos, sus montañas fértiles y sus valles exhuberantes, esperan ansiosos el brazo del colono europeo llamado á trasformar en provincias y pue- blos opulentos aquel suelo virgen é inexplorado.

Esta conquista inesperada y asombrosa es el fruto de las nuevas inteligencias y de las fuerzas activas puestas al servicio de las ideas que impulsan el pro- greso argentino.

La Pampa y la Patagonia entregadas á la civiliza- ción marcan una época en la historia y una página brillante en los anales argentinos.

Mendoza, San Luis, Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires, cuyas fronteras estuvieron amenazadas du-

rante tres siglos por los Indios, ven hoy desarrollar su población y su riqueza en los mismos territorios que sirvieron de teatro á los crímenes y al robo de los bárbaros.

El Río negro.

La gloriosa campaña al desierto en 1879 aseguró la posesión del Río Negro, desde el mar hasta la cordillera de los Andes.

Esta corriente caudalosa, perdida para la civilización por tres siglos en el fondo de la Pampa y sirviendo de antemural á los Indios, es el galardón con que el ejército nacional ha contribuido al engrandecimiento del país.

Por exploraciones realizadas á fines del siglo pasado y en el año 1833 del presente, se sabía que ese río majestuoso era navegable en todo su curso, hasta donde se une con el Limay y el Neuquén, sus tributarios, pero no se trató nunca seriamente de asegurar su dominio para entregarlo á las empresas colonizadoras como medio de llevar hasta el pie de los Andes la población argentina.

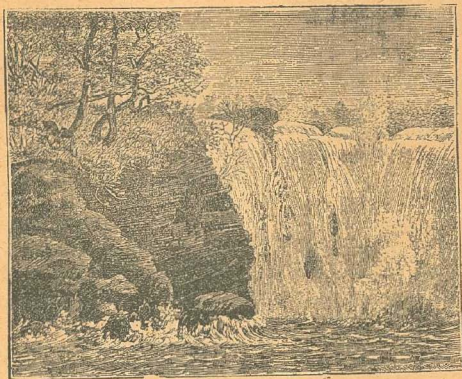
La ocupación de este río, aparte de las ventajas positivas que trae para el adelanto de la República, es importantísima como base de operaciones para extender la conquista de territorios ignorados, y tomar posesión de la Patagonia que tan sin ningún derecho nos disputaba el gobierno de Chile.

Esa ocupación ha contribuido también eficaz-

mente á la solución pacífica en el arreglo de los límites con aquel Gobierno.

El cuadrilátero.

Cuadrilátero es el nombre con que se designa la hermosa región de las Manzanas, donde tenía el



CA'ATARATA DEL Y-GUAZÚ

asiento de su gobierno el célebre cacique Seihueque.

Este territorio fértil, arbolado y rico en pastos para la ganadería, ha sido últimamente sometido

por una división del ejército argentino, al mando del general Villegas.

La cordillera de los Andes por el oeste, el lago Nahuel-Huapi por el sur, por el norte el Neuquén y por el oriente el Limay, forman el cuadrado irregular de aquellas comarcas deliciosas donde se dan espontáneamente los más ricos frutos.

El terreno en general es propio para la agricultura conveniente á las zonas templada y fría, como la Crimea, donde se produce el mejor trigo.

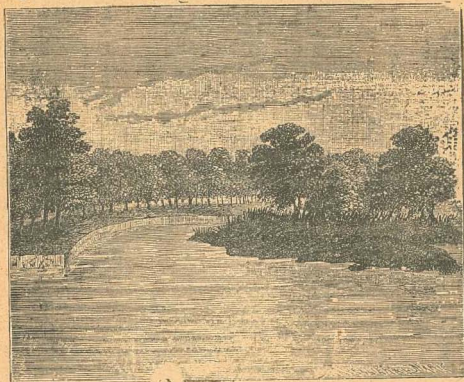
Esta región magnífica está llamada á ser dentro de pocos años una colonia próspera y feliz, que tendrá la profunda corriente del río Negro para comunicarse con Buenos Aires y la Europa sin el peligro de largas travesías por el desierto.

Misiones.

El territorio de las Misiones, donde en la época colonial levantaron los jesuitas las célebres reducciones de Indios Guaraníes, vuelve después de un siglo á servir de teatro á la civilización. Allí, en esas comarcas, nacieron, San Martín en el pueblo de Yapeyú, y Alvear en el de Santo Ángel.

Hoy se ha creado la gobernación de Misiones y con un núcleo de ocho mil habitantes empieza á florecer de nuevo aquella antigua provincia, abriendo ancho campo á la industria, á las especulaciones del comercio y del capital europeo.

El cultivo de la caña de azúcar, del algodón, del arroz, del tabaco, del maíz y otros productos, y la explotación de las ricas maderas que abundan en



ENTRADA DEL RÍO PILCOMAYO.

aquella parte de la República aseguran su progreso industrial.

La inmigración encuentra allí vasto campo para su actividad y remuneración cuantiosa para su trabajo.

Despoblada esa provincia por la guerra civil, renace de sus escombros en la época en que radicada la paz en la Nación se despejan los horizontes y se

abren todos los veneros de riqueza, atrayendo al país los hombres industriosos que trasformarán su suelo agreste en praderas cultivadas.

El vapor y el telégrafo son los precursores que anuncian la pronta reaparición de Misiones como futuro Estado Argentino.

El Chaco.

La extensión de esta floresta colosal está calculada en 500,000 kilómetros cuadrados, lo que quiere decir que es tan extensa como la Francia, más grande que España y que Italia, y cinco veces igual en superficie al reino de Portugal.

El Chaco, cuyas sombrías leyendas no se escuchan sin horror, donde las peripecias del incendio que destruyó la Cangallé arrasada por los Indios Mocabies, se repiten todavía por los ancianos en las noches silenciosas del Bermejo.

¡El Chaco! Teatro reciente de combates y de escenas pavorosas como la muerte del sabio Creveaux, entra gradualmente en la periferia trazada á la civilización argentina por el Gobierno Nacional. Esa región de los bosques sombríos, de los esteros y guadales sin límites; de las fieras y de los reptiles; — donde el toba sanguinario desfallece espiondo con su flecha impotente al colono y al soldado, — oye crujir los árboles que la sierra abate, y al arado que rotura su suelo virgen, esperando la hora en que

vea bajar por el Pilcomayo los metales y la quina de Bolivia, y subir por esas mismas aguas las naves conductoras de los artefactos europeos y argentinos.

La autoridad nacional ha constituido un gobierno territorial en el Chaco, donde ya se han establecido varias colonias y obrajes para cultivar sus tierras y labrar la madera de sus bosques.

Islas Malvinas.

Las islas Malvinas al oriente del cabo de Hornos, que es la extremidad sur del continente americano, fueron descubiertas á principios del siglo décimosexto por el navegante portugués al servicio de la corte de España, Hernando de Magallanes.

El primer establecimiento europeo fundado en dichas islas fué el de Mr. de Bougainville en 1764, jefe de la colonia francesa planteada con los recursos de una compañía del puerto de Saint-Malo.

La España, que se consideraba con mejores derechos que los pobladores franceses para poseer las Malvinas, reclamó de aquella ocupación, y después de varias negociaciones, se convino por los soberanos de las dos naciones en que la Francia abandonaría las islas mediante el desembolso por parte de España de las cantidades que los colonos habían invertido en ellas.

En 4 de octubre de 1766 la España reasumió

su dominio y propiedad, mediante la entrega de 618,000 libras (francos) que efectuó al representante de la Compañía de Saint-Malo, que era el mismo Bougainville.

Con la independencia de estas colonias de su antigua Metrópoli, las islas Malvinas como toda la extensión de la Patagonia y Tierra del Fuego quedaron incorporadas á la Nación Argentina de que forman parte.

La isla denominada Gran Malvina (ocupada contra todo derecho por los Ingleses), lo mismo que la llamada isla de los Estados, más próxima al estrecho de Magallanes, son de fértil y excelente condición para la cría de ganados, y sus puertos inmejorables para el desarrollo de la pesquería en grande escala.

Minerales.

La situación pacífica que actualmente cruza la República Argentina, después de las largas luchas en que ha prodigado su sangre y comprometido sus progresos, le permitió realizar en 1882 la brillante Exposición Continental celebrada en Buenos Aires.

Asombrosas han sido las manifestaciones de la industria pastoril, de las manufacturas y productos del reino vegetal, sobresaliendo por su variedad las maderas más preciosas tan útiles para la ebanistería y carruajes, como para las construcciones navales.

Pero lo que ha llamado particularmente la atención han sido las diversas colecciones de minerales, que de todas las provincias se reunieron en las distintas salas de aquel concurso.

Buenos Aires, que no tiene minas de oro y plata, ha ostentado allí los vistosos mármoles del Tandil, que explotados le darán una fortuna.

Córdoba ha exhibido no sólo mármoles, kaolín, granates, y piedras calizas, sino muestras de oro y plata de sus sierras.

Corrientes ha expuesto trozos de cristal de roca y ágatas bellísimas.

Salta : varios sulfatos, kaolín y azufre.

Catamarca : cobre y granates.

Mendoza : plata y carbón de piedra.

San Juan : plombagina, azufre, sal gema, amianto, mármoles, oro, plata, cobre, hierro y piedras preciosas.

San Luis : oro granates, mica, azufre, plomo, y turba (combustible).

Rioja : níquel, zinc y plata.

Jujuy : turba y asfalto.

Misiones : ágatas, cobre y kaolín.

Las provincias de Santa Fe y Entre-Ríos, que no tienen sierras ni minerales, disfrutaban en cambio de territorios fértiles, bosques espléndidos y ríos navegables, por donde bajan sus producciones hasta Buenos Aires ó siguen directamente á los mercados europeos.

• Ha llegado felizmente la época en que los capi-

tales pueden emplearse sin peligro en la explotación de las riquezas naturales de la República.

Ferrocarriles.

Ha dicho un pensador que pueden más para el progreso y la ilustración de los pueblos dos rieles unidos que el mejor libro. Con ese juicio, ha querido demostrar la importancia que tiene para las naciones la construcción de vías férreas.

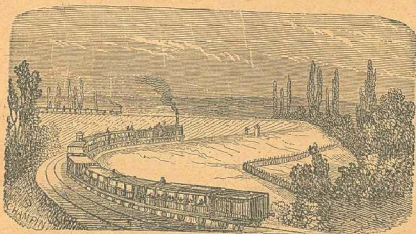
Desde que se inician los trabajos empieza la acción de hombres inteligentes, ingenieros, mecánicos, telegrafistas, empleados, maquinistas, y gradualmente se va produciendo el contacto entre las poblaciones lejanas y los extranjeros. Después viene el tráfico mercantil, y con la facilidad de viajar se aumenta el movimiento; el cambio de ideas trae un cambio de situación, y el empleo de todos los brazos y de todas las aptitudes para responder á exigencias desconocidas en el aislamiento es el resultado eficaz de los ferrocarriles.

En la República Argentina se construyen diez líneas actualmente (1884), en las que tienen ocupación catorce mil trabajadores, fuera del personal científico directivo que se emplea en las mismas.

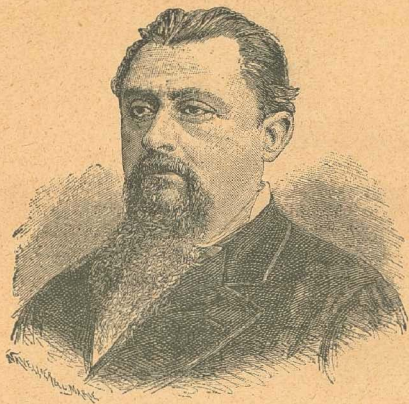
Este hecho, sin precedente en el país, permite reconocer la verdad que encierra aquel profundo pensamiento: « Donde el ferrocarril se presenta, á cualquier rumbo que se dirija, brotan como por

« encanto los productos de la tierra, el comercio y
« la población. »

Al ver los efectos maravillosos que produce el ferrocarril, extirpando la ignorancia, para llevar en cambio los goces de la civilización y las ventajas del trabajo á todos los ángulos del territorio, se explica el deseo y aspiración de los pueblos por gozar cuanto antes de sus grandes beneficios.



POESÍAS



OLEGARIO V. ANDRADE.

POESÍAS

LA VUELTA AL HOGAR.

RECUERDOS.

Todo está como era entonces :

¡ La casa, la calle, el río,
Los árboles con sus hojas
Y las ramas con sus nidos !

¡ Todo está ! Nada ha cambiado !

¡ El horizonte es el mismo,
Lo que dicen esas brisas
Ya otras veces me lo han dicho !

Ondas, aves y murmullos,
Son mis viejos conocidos,
Confidentes del secreto
De mis primeros suspiros.

Bajo aquel sauce que moja
La cabellera en el río,
Largas horas he pasado
Á solas con mis delirios.

Las hojas de esas achiras
Eran el tosco abanico
Que refrescaba mi frente
Y humedecía mis rizos.

Un viejo tronco de seibo,
Me daba sombra y abrigo :
¡ Un seibo que desgajaren
Los huracanes de estio !

Piadosa una enredadera
De perfumados racimos,
Lo adornaba con sus flores
De pétalos amarillos.

El seibo estaba orgulloso
Con su brillante atavío,
¡ Era un collar de topacios
Ceñido al cuello de un indio !

Todos aquí me confiaban
Sus penas y sus delirios,
Con sus suspiros las hojas,
Con sus murmullos el río.

¡ Qué triste estaba la tarde,
La última vez que nos vimos !
Tan sólo cantaba una ave
En el ramaje florido.

Era un zorzal que entonaba
Sus mas dulcísimos himnos ;
¡ Pobre zorzal que venía
Á despedir á un amigo !

Era el cantor de las selvas
La imagen de mi destino,
Viajero de los espacios
Siempre errante y fugitivo.

¡ Adiós ! parecían decirme
Sus melancólicos trinos ;
¡ Adiós ! hermano en los sueños,
¡ Adiós ! inocente niño !

Yo estaba triste, ¡ muy triste !
El cielo oscuro y sombrío,
Los juncos y las achiras
Se quejaban al oírlo.

Han pasado muchos años,
¡ Desde aquel día tristísimo
Muchos sauces han tronchado
Los huracanes bravíos !

Hoy vuelve el niño hecho hombre,
No ya contento y tranquilo,
¡ Con arrugas en la frente
Y el cabello emblanquecido !

Aquella alma, limpia y pura,
Como un raudal cristalino
Es una tumba que tiene
La lobreguez del abismo.

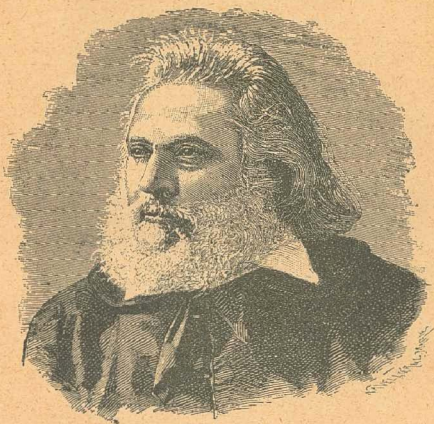
Aquel corazón tan noble,
Tan ardoroso y altivo,
Que hallaba el mundo pequeño
Á sus gigantes designios,

¡ Es hoy un hueco poblado
De sombras que no hacen ruido !
¡ Sombras de sueños, dispersas
Como neblina de estío !

¡ Ah! todo está como entonces,
Los sauces, el cielo, el río,
Las olas, hojas de plata
Del árbol del infinito.

Solo el niño se ha vuelto hombre,
Y el hombre tanto ha sufrido
¡ Que á penas trae en el alma
La soledad del vacío !

OLEGARIO V. ANDRADE



CARLOS GUIDO Y SPANO.

AT HOME.

Bella es la vida que á la sombra pasa
Del heredado hogar; el hombre fuerte
Contra el áspero embate de la suerte
Puede allí abroquelarse en su virtud,
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa,
Si el aéreo castillo viene abajo,
Queda la noble lucha del trabajo,
La esperanza, el amor, la juventud.

Hijos, venid en derredor; acuda
Vuestra madre también; fiel compañera!
Y levantad á Dios con fe sincera
Vuestra ferviente, cándida oración;
Él es quien nos reúne y nos escuda,
Quien puso en vuestros labios la sonrisa,
Da su aroma á la flor, vuelo á la brisa,
Luz á los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y del naufragio
Ansío rodearme de cariños;
La serena inocencia de los niños
De la herida mortal calma el dolor.
Es para el porvenir dulce presagio
Que al hombre con el mundo reconcilia,
El ver crecer en torno la familia
Bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana,
Aspiren á las pompas de la tierra;
Su nombre ilustre en la sangrienta guerra
Lleno de encono el bárbaro adalid;

Nuestra misión es, hijos, más cristiana;
Amar la caridad, amar la ciencia;
Puras las manos, pura la conciencia,
Dar el licor á quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbra
El sendero del bien; nada amedrente
Al varón justo, al ánimo valiente
Que fecundiza el suelo en que nació;
La Libertad amemos por costumbre,
Por convicción y por deber; en ella
El despotismo estúpido se estrella :
De la Patria los hierros destrozó.

¡ Honra y prez á sus padres denodados!
Entre ellos se encontraba vuestro abuelo;
Hoy descansa su espíritu en el cielo,
Noble atleta vencido por la edad.
¡ Venid en sus recuerdos impregnados,
Y llena el alma de filial ternura,
Su venerada, humilde sepultura,
Con flores y con lágrimas regad !

Tomad ejemplo en él, y cuando un día
Emprenda yo mi viaje sin retorno,
Erigidme una cruz, y de ella en torno,
Sin una mancha en la tranquila sien,
Llenos de paz, radientes de armonía,
Podáis decir de vuestro padre amado :
¡ Latió en su pecho un corazón honrado,
No fué un prócer — fué más — hombre de bien!

CARLOS GUIDO Y SPANO.

EL SALMO DE LA VIDA.*(De Longfellow.)*

LO QUE EL CORAZÓN DEL JOVEN DICE AL SALMISTA.

¡ Oh! no me digas que la « vida es sueño ».
Triste salmista en tu cantar amargo,
Porque el alma no vive en el letargo
Que es de la muerte pálido diseño.

La vida es real y su destino es serio,
Y no es su fin en el sepulcro hundirse;
Que « ser polvo y en polvo convertirse »
No es del alma el divino ministerio.

Ni es del hombre la senda ó el destino
El reposo, el dolor ni la alegría,
Sino la acción para que cada día
Avance una jornada en su camino.

Que la ciencia es muy larga, el tiempo estrecho,
Y el corazón más varonil y fuerte,
Bate el fúnebre paso de la muerte
Cual velado tambor dentro del pecho.

¡ En el vivac del mundo, alza tu escudo!
¡ En el campo de acción, arma tu diestra!
¡ Sé un héroe de la vida en la palestra,
Y no el rebaño que se arrea mudo!

Del porvenir los pasos son inciertos :
Vive y obra sin tregua en el presente,
¡ Tu corazón en tí, Dios en tu mente!
¡ Deja al pasado sepultar sus muertos!

Los héroes que en tu mente divinizas
Te muestran que la vida es noble y bella,



BARTOLOMÉ MITRE.

Y ellos te enseñan á estampar la huella
Del tiempo en las arenas movedizas.

Tal vez algún hermano fatigado
Náufrago de los mares de la vida,
Recobre aliento en su alma dolorida
Al encontrar tu paso señalado.

¡De pie, en acción, con varonil pujanza!
Y el corazón dispuesto á todo evento,
Sigamos de la vida el movimiento
Guiados por el Trabajo y la Esperanza.

BARTOLOMÉ MITRE.

SAN MARTÍN.

I.

No nacen los torrentes
En ancho valle ni en gentil colina;
Nacen en ardua, desolada cumbre,
Y velan el cristal de sus corrientes,
Que ruedan en inquieta muchedumbre,
Vagarosos cendales de neblina.

No bajan de la altura
Con tardo paso y quejumbroso acento,
Copiando flores, retratando estrellas
En el espejo de su linfa pura,
Mientras en la lira del follaje, el viento
Murmura la canción de sus querellas

¡Se desatan sin rumbo,
Por ignotos y lóbregos senderos,
Caravanas del ámbito infinito,

Cual si quisieran sorprender el mundo
Con el fragor de sus enojos fieros,
De libertad con el potente grito!

¡Nació como el torrente,
En ignorada y misteriosa zona,
De ríos como mares,
De grandes y sublimes perspectivas,
Do parece escucharse en los palmares
El sollozo profundo
De las inquietas razas primitivas!

¡Nació como el torrente;
Rodó por larga y tenebrosa vía,
Desde el mundo naciente el mundo viejo,
Torció su curso un día,
Y entre marciales himnos de victoria,
Desató sobre América cautiva
Las turbulentas ondas de su gloria!

II.

¡Cuál tiembla la llanura
Cuando el torrente surge en la montaña,
La espléndida comarca de su cuna
Se estremeció con vibración extraña,
Cuando nació el gigante de la historia;
Y algo, como un vagido,
Flotó sobre las mudas soledades
En las alas del viento conducido!

¡Lo oyó la tribu errante,
Y detuvo su paso en la pradera;
Vibró como una nota
De la selva en las bóvedas sombrías,
Flébil nota de místicos cantares,
Y el Uruguay, se revolvió al oírlo
En su lecho de rocas seculares!

El viejo misionero,
Que en el desierto inmensurable abría
Con el hacha y la cruz vasto sendero,
Tembló herido aquel día
De indefinible espanto,
¡Cual si sentido hubiera en la espesura
El eco funeral del bronce santo!

El soldado español creyó que oía
Cavernoso fragor de muchedumbre —
¡Que los lejanos bosques que ostentaba
Sobre el móvil ramaje
El áureo polvo de la hirviente lumbre
Del sol en el ocaso,
Eran negras legiones de guerreros,
Que con acorde y silencioso paso
De las altas almenas descendían
Chispeando los aceros!

¡Presentimiento informe del futuro!
¡Voz celeste que anima en la batalla!
Al esclavo que lucha moribundo,
Y al opresor desmaya!
Pavorosa visión, habitadora
De los viejos, derruidos monumentos
Que guardan de los siglos la memoria,
Y que anuncia á los siglos venideros
Los grandes cataclismos de la historia!

Aquella voz decía :
¡Ya nació el Salvador, raza oprimida!
¡Ya nació el vengador, raza opresora!
¡Ya la nube del rayo justiciero,
Asciende al horizonte, rugidora,
Y se alza el brazo airado,
Que va á rasgar el libro de las leyes
De la conquista fiera,

Y á azotar con el cetro de sus reyes
El rostro de la España aventurera!

III.

¡Dejó su nido el águila temprano,
Ansiaba luz, espacio, tempestades,
Playas agrestes y nevados montes
Para ensayar su vuelo soberano!
Buscaba un astro nuevo,
Perdido en los nublados horizontes,
Y fué en su afán gigante,
Á preguntar por él al Océano!

¿Qué se dirían á solas
El águila de América arrogante,
Mojando el ala en las hurañas olas
Y el hosco mar Atlante,
De la alta noche en la quietud sagrada
Y al rumor de la playa estremecida,
Escuchando en la atmósfera callada
Rodar el mundo y palpitar la vida?

Acaso el Océano,
Le repitió al oído los cantares
De aquel errante cisne lusitano
Que estremeció con su dolor los mares;
Ó le dijo más bajo

Con ademán profético y severo :
¡Allá tengo guardada
De mi imperio en el limite, postrero,
Como una nave misteriosa anclada
La roca en que en el tiempo venidero
Otra águila caudal va á ser atada!

No detuvo su vuelo
El águila de América arrogante

Iba buscando en extranjero cielo
La estrella fulgurante
Que soñara en el nido solitario
De la selva Uruguaya,
Y fué á posarse un día
Del mar hesperio en la sonora playa.

¡Tronaba por los montes
De la guerrera tempestad la saña,
Y vió flotar al viento
Sobre la débil, indefensa España,
De la conquista el pabellón sangriento!
¡Y el ave americana
Soltó de nuevo el turbulento vuelo
Cruzando rauda la extensión vacía
Y fué á buscar al águila francesa,
Entre el estruendo de la lid bravía!

Bailén la vió severa
Entre el tropel de la legión bizarra
Que el suelo de la patria defendía.
¡Y la marca sangrienta de su garra
Quedó estampada en la imperial bandera
Conocida de valles y montañas,
Que los lindes de un mundo había borrado
Sembrando glorias y abortando hazañas!

Mas no era aquél, el astro que buscaba;
No era el rojizo sol de Andalucía,
El sol de los ensueños
Que con afán inquieto perseguía, —
Allí un pueblo esforzado reluchaba
En la alta sierra y la llanura amena,
Por sacudir el extranjero yugo,
Para amarrar de nuevo á su garganta
De los antiguos amos la cadena.

¡ Volvió á tender el vuelo,
 Cargada de laureles
 Y entristecida el águila arrogante!
 Buscaba per doquiera pueblos libres, —
 Y hallaba por doquiera pueblos fieles.
 Hasta que al fin un día,
 Vió levantarse en el confín lejano
 Del patrio río en que dejó su nido,
 ¡ De libertad el astro soberano,
 De libertad el astro bendecido !

IV.

Un mundo despertaba
 Del sueño de la negra servidumbre,
 Profunda noche de mortal sosiego.
 Con la sorda inquietud de la marea,
 Y en la celeste cumbre,
 Las estrellas del trópico encendían
 Sus fantásticas flámulas de fuego
 Para alumbrar la lucha gigantea.

Un mundo levantaba
 La desgarrada frente pensativa
 Del profundo sepulcro de su historia,
 Y una raza cautiva
 Llamaba al *Salvador* con hondo acento;
 Y el *Salvador* le contestó, lanzando
 El resonante grito de victoria
 Entre el feroz tumulto de las olas.
 ¡ Fué un sopro la batalla !
 Los jinetes del Plata, como el viento
 Que barre sus llanuras, se estrellaron
 Con empuje violento
 En la muralla de templado acero;
 Y se vió largo tiempo confundidas

Sobre la alta barranca,
Y entre el solemne horror de la batalla
La naciente bandera azul y blanca,
Y el rojo airón del pabellón ibero.

Fué la primer jornada,
Del torrente nacido en las sombrías
Florestas tropicales,
La primera, iracunda marejada.
Y su rumor profundo
Llevado de onda en onda por el viento,
Del Plata al Océano
Fué á anunciar por el mundo,
Que ya estaba empeñada la partida
Del porvenir humano.

V.

Al pie de la montaña
Centinela fantástica que ostenta
La armadura de siglos
Que abolló con su maza la tormenta —
¡Fué á sentarse el gigante de la historia
Taciturno y severo,
Pensando en la alta cumbre
Donde el nombre argentino á grabar iba
Con el cincel de su potente acero!

La voz que llama al águila en la altura
Y al huracán despierta en el abismo,
Es la voz de la gloria,
Que llama á la ambición y al heroísmo;
La misma voz que resonó en su oído
Con misterioso, irresistible acento,
Aquella voz que imita,
Rumores de batalla

Murmullos de laureles en el viento
Himnos de Ossián, en la desierta playa.

La oyó el héroe y la oyó la hueste altiva,
Que velaba severa

Sonando con la patria y con la historia
Al pie de la gigante cordillera.

Y al sonar de los roncós atambores

Largó el cóndor atónito su presa;

¡Y la ruda montaña, conmovida,

Doblegó la cabeza

Para ser pedestal de su bandera!

VI.

¡ Ya están sobre las crestas de granito

Fundidas por el rayo!

Del Paraná, irritado,

Al sentirse oprimido por las quillas

De las guerreras naves españolas.

Ya tienen frente á frente el infinito :

Arriba, el cielo de esplendor cubierto,

Abajo, en las salvajes hondonadas

La soledad severa del desierto,

Y en el negro tapiz de la llanura

Como escudos de plata abandonados,

Los lagos y los ríos que festonan

De la patria la regia vestidura.

¡ Ya están sobre la cumbre!

¡ Ya relincha el caballo de pelea

Y flota al viento el pabellón altivo,

Hinchado por el sople de una idea!

¡ Oh! que hermosa, ¡ qué espléndida, qué grande,

Es la Patria, mirada

Desde el soberbio pedestal del Ande!

¡ El desierto sin límites do quiera,
Océanos de verdura en lontananza,
Mares de ondas azules á lo lejos,
Las florestas del trópico distantes,
Y las cumbres heladas
De la adusta, argentina cordillera
Como ejército inmóvil de gigantes !

¿ En qué piensa el coloso de la historia
De pie, sobre el coloso de la tierra ?
¡ Piensa en Dios, en la Patria, y en la Gloria,
En pueblos libres y en cadenas rotas ;
Y con la fe del que á la lucha lleva
La promesa infalible del destino,
Se lanzó por las ásperas gargantas,
Y lo siguió rugiendo el torbellino !

VII.

Débil barrera oponen á su empuje
Los arrogantes tercios españoles,
De Chacabuco en la empinada cuesta.
Que como roja nube centellea
Mientras el viento encadenado ruje.
¿ Quién detiene al torrente embravecido
Cuando el soplo de Dios lo agujonea ?
El torrente llegó, rompió la valla,
Y se perdió veloz en la llanura ;
Y al mirarlo pasar, lo saludaron
Las nubes, agitándose en la altura.
¡ Reguero de laureles !
Sólo una vez el sol de esa bandera
Palideció con fúnebre desmayo :
¡ Aquella ingrata noche de la historia,
Que cruzó como nube pasajera

Barrida por cien ráfagas de gloria!
Para borrar sus sombras, encendíenos
Con corazas y yelmos y cañones
En el llano de Maipo, inmensa hoguera
Á cuya luz brotaron dos naciones!

VIII.

Los vientos del Océano
Llevaban en sus alas turbulentas
Á los valles chilenos
Mezclados al rumor de las tormentas,
Los lastimeros ecos fugitivos,
Que los sauces del Eufrates oyeron
Del arpa de los míseros cautivos.

¡Aun quedaba un pedazo
De tierra americana, sumergido
En la noche de horror del coloniaje,
Para ser redimido!
Aun yacía en oscuro vasallaje,
Aquel pueblo bizarro,
Que cual robles del monte despeñados
Con impetu sonoro,
Vió caer á sus Incas derribados
De su trono de oro,
Bajo el hacha sangrienta de Pizarro.

Sonaron otra vez los atambores;
Hinchó otra vez el viento la bandera
Que desgarró de Maipo la metralla.
¡Y á la voz imperiosa del guerrero,
Bajó la espalda el mar, como si fuera
Su bridón generoso de batalla!

¡Salud al vencedor! ¡salud al grande!
Entre los grandes héroes, exclamaban

Civiles turbas, militares greyes
Con ardiente alborozo,
En la vieja ciudad de los virreyes.
¡Y el vencedor hula,
Con firme paso y actitud serena,
Á confiar á las ondas de los mares
Los profundos secretos de su pena!
La ingratitud, la envidia,
La sospecha cobarde, que persiguen
Como nubes tenaces,
Al sol del genio humano,
Fueron siguiendo el rastro de sus pasos
Al través del Océano.
Ansiosa de cerrarle los caminos
Del poder y la gloria
Sin acordarse ¡ torpes ! de cerrarle
¡ El seguro camino de la historia !

IX.

¡Allá duerme el guerrero
Á la sombra de mustias alamedas
Que velan su reposo solitario !
¡ Ay ! no arrullan su sueño postrimero,
Como soñó en la tarde de su vida,
Los ecos de las patrias arboledas.
¡Allá duerme el guerrero !
¡ De extraños vientos al rumor profundo,
Los vientos de la historia,
Que lloran las catástrofes del mundo !
¡ Y acaso siente en la callada noche
Pasar en negra y lastimera tropa,
Fantasmas de los pueblos oprimidos,
Espectros de los mártires de Europa !

¡Cómo tembló la losa de su tumba,
 Y se agitó su sombra gigantea
 Cuando sintió rugir á la distancia,
 El sangriento huracán de la pelea,
 Y vió caer exánime á la Francia
 Bajo los cascos del corcel germano,
 Y en medio del espanto de la tierra,
 ¡Ah! quizá levantó la muerta mano,
 Para ofrecerle en el desastre inmenso,
 Á falta de su espada,
 La espada de Maipú y de San Lorenzo!

X.

¡Un siglo más que pasa!
 ¡Una ola más del mar de las edades;
 Una nueva corriente de la historia
 Que arrastra á las eternas soledades
 Generaciones, sueños y quimeras!
 ¡Un siglo trascurrido desde el día,
 Fecundo día, de inmortal memoria,
 Cuando en lejana y misteriosa zona
 El salvador de América nacía,
 Á la sombra de palmas y laureles
 Que no habían de bastar á su corona!

Un siglo, nada más : un paso apenas
 Del eterno sendero
 Que lleva al porvenir desconocido.
 ¡Un siglo, nada más! y el grito fiero,
 Ya no se oye, del indio perseguido
 Por la implacable fe del misionero
 Y la avaricia cruel de sus señores,
 ¡Ya ha crecido la hiedra,
 De Yapeyú en los áridos escombros

Que alzan la frente airada,
De la luna á los lividos fulgores,
Como tremenda maldición de piedra !
¡ La aurora de este siglo
Nació en los tenebrosos horizontes
De un inmenso desierto,
Tribus errantes y salvajes montes,
La barbarie doquier, y el fanatismo !
¡ Fué ascendiendo, ascendiendo,
Como un rayo de luz en un abismo,
Y al bajar el ocaso,
Alumbran su camino,
Los millares de antorchas del progreso,
Del pensamiento el resplandor divino !

¡ Ayer, la servidumbre
Con sus sombras tristisimas de duelo !
¡ Cadenas en los pies y en la conciencia !
¡ La sombra en el espíritu y el cielo !
Hoy, en la excelsa cumbre,
La libertad enciende sus hogueras,
Unida en santo abrazo con la ciencia :
Los dos genios del mundo vencedores.
¡ La libertad que funde las diademas
Y la ciencia que funde los errores !

¡ Milagros de la gloria !
Tu espada, San Martín, hizo el prodigio !
¡ Ella es el lazo que une,
Los extremos de un siglo ante la historia !
Y entre ellos se levanta,
Como el sol en el mar dorando espumas
El astro brillador de tu memoria.

¡ No morirá tu nombre !
Ni dejará de resonar un día
Tu grito de batalla,

Mientras haya en los Andes una roca
Y un cóndor en su cúspide bravía.
¡ Está escrito en la cima y en la playa,
En el monte, en el valle, por doquiera,
Y alcanza de Misiones al Estrecho
La sombra colosal de tu bandera!

OLEGARIO V. ANDRADE.

ÍNDICE

	Páginas.
Carta del autor	7
PROEMIO.....	8
Descubrimiento del Río de la Plata	9
Hernando de Magallanes.....	10
Sebastián Gaboto.....	11
Don Pedro de Mendoza	11
El virreinato de Buenos Aires.....	13
Ulderico Schmidel, primer historiador del Río de la Plata.....	15
La guerra guaranítica.....	16
Invasiones inglesas (1806-1807).....	19
La revolución	22
25 de mayo de 1810.....	23
Batalla de Suipacha.....	25
Mariana Moreno.....	27
Orden del día. — 6 de setiembre de 1811.....	29
El Triunvirato.....	31
San Martín.....	33
Batalla de Tucumán.....	35
Revolución popular. — 8 de octubre de 1812.....	37
Asamblea de 1813.....	40
Batalla de Salta	43
Himno nacional	44
El escudo nacional.....	48
La bandera argentina.....	49
Brown, primer combate de la escuadrilla argentina.....	51
La toma de Montevideo... ..	53
La Independencia.....	56
Acta de emancipación (1816).....	57
El director Pueyrredón.....	61

	Páginas.
La entrevista en Córdoba	63
Belgrano	65
El paso de los Andes	68
Batalla de Chacabuco	69
Cancha Rayada	71
Batalla de Maipo	73
El año veinte	77
Güemes	79
La expedición al Perú	81
Independencia del Perú	83
Los granaderos á caballo	85
El Congreso Constituyente de 1826	88
Ituzaingo	91
Dorrego	93
El general Paz	97
General Lavalle	101
Rosas	103
La batalla de Caseros	104
Constitución Nacional	106
Primera presidencia constitucional	107
La Capital,	110
La conquista del desierto	111
El río Negro	115
El cuadrilátero	116
Misiones	117
El Chaco	119
Islas Malvinas	120
Minerales	121
Ferrocarriles	123

POESÍAS.

La vuelta al hogar (Recuerdos)	127
At Home	131
El Salmo de la vida	133
San Martín	135

DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA

AMPLIADO CON VOCES AMERICANAS

SOBRE LA BASE DEL

DICCIONARIO POPULAR DE LA LENGUA CASTELLANA, DEL DE LA REAL
ACADEMIA ESPAÑOLA,

DEL VOCABULARIO DE AMERICANISMOS DEL DOCTOR GRANADA

Y con la adición de muchas voces nuevas y de uso corriente en la América española,

POR

ENRIQUE ORTEGA

Antiguo publicista, autor de varias obras didácticas, históricas y literarias; Ex-director
y redactor de diversos periódicos y revistas en Europa y América, etc.

Un tomo en 8º, encuadernación tela.

NUEVO DICCIONARIO FRANCÉS-ESPAÑOL

ESPAÑOL-FRANCÉS

CON LA PRONUNCIACIÓN FIGURADA

ABREVIADO EN VISTA DE LOS MEJORES DICCIONARIOS QUE HAN SALIDO A LUZ HASTA HOY DÍA
Y EXTREMAMENTE AJUSTADO

RESPECTO AL CASTELLANO A LA NUEVA ORTOGRAFÍA DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

POR

José DARBAS

ABRAZA

Las voces más usadas en las ciencias, artes, industria, etc.; los nombres propios
de hombres y mujeres, de geografía, mitología, etc.;
las locuciones adverbiales y los principales modismos y frases familiares.

UN TOMO EN 8º, ENCUADERNACIÓN TELA

DIBUJO LINEAL

MÉTODO IGON

SEGUN EL PROGRAMA OFICIAL

PARA EL USO DE LOS CUATRO PRIMEROS GRADOS DE LAS ESCUELAS COMUNES

CURSO QUE CONSTA DE CUATRO CUADERNOS

Cada cuaderno se vende separadamente.

J. IGON

MÉTODO ECONÓMICO DE ESCRITURA INGLESA

PARA ENSEÑAR

A ESCRIBIR SIN SER CALÍGRAFO Y REFORMAR LA LETRA

EN SEIS CUADERNOS